

[DE LA VERDADERA RELIGIÓN.]

ADVERTENCIA SOBRE EL SIGUIENTE LIBRO DE LA VERDADERA RELIGIÓN.

Entre los escritos que San Agustín publicó antes de ser presbítero (dignidad que alcanzó en el año 391), asigna en las Retracciones el último lugar al libro de la verdadera Religión; por lo cual consideramos que debe referirse al año 390. Ya años antes había prometido tratar este tema a Romaniano, su conciudadano y mecenas, como menciona en el capítulo séptimo, número doce. En efecto, se había comprometido a ello escribiendo en el año 386 contra los Académicos, en el libro segundo, capítulo tercero, número ocho. Además, en la carta número quince, a Romaniano, número uno, menciona la obra que había terminado y que pronto le enviaría.

Más tarde, remite a Evodio, quien planteaba algunas dudas sobre la existencia de Dios, a este libro en la carta número ciento sesenta y dos, número dos; y se evidencia en la carta número veintisiete, número cuatro, a Paulino, que este libro es uno de los cinco que Paulino llama Pentateuco contra los Maniqueos, los cuales había recibido como regalo de Alipio, y cuya ocasión lo lleva a exclamar en alabanza de Agustín en la carta número veinticinco, número uno: "¡Oh, verdadera sal de la tierra, con la que se sazonan nuestros corazones para que no puedan desvanecerse en el error del mundo! ¡Oh, lámpara dignamente colocada sobre el candelero de la Iglesia, que derramando luz de alegría alimentada por el aceite del séptuple candelabro, disipas las densas tinieblas de los herejes y aclaras la luz de la verdad del confuso esplendor de las tinieblas con tu brillante discurso!" Ciertamente, el libro de la verdadera Religión, si alguno, merecía este elogio para Agustín. Aunque recién entonces, cuando lo escribió, había sido conducido a las filas de la verdadera religión, y no tenía otro nombre que el de cristiano católico; sin embargo, expone de manera sublime los sacramentos de la religión cristiana, y refuta principalmente los fundamentos de los dogmas de los Maniqueos, de modo que ya entonces cumplía con las funciones de un doctor muy completo y un obispo muy esforzado.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA SOBRE LA VERDADERA RELIGIÓN Libro único.

Comenzando con que la verdadera religión no se encuentra entre los paganos, ni en ninguna secta, excepto en la Iglesia católica; pronto se explica la historia de la economía divina respecto a la salvación humana (que es el fundamento de la religión cristiana) de tal manera que se refutan los errores de los Maniqueos sobre las dos naturalezas, especialmente sobre el origen y la naturaleza del mal. Por lo tanto, sobre el doble camino por el cual Dios aconseja a los hombres, llamando a los creyentes a la salvación por la autoridad, y a los inteligentes por la razón. Pues el hombre, apoyado en la razón, se eleva desde las cosas inferiores hacia Dios: incluso se le advierte que lo siga a partir de los mismos vicios, sobre cuyo triple género Agustín aquí establece un largo discurso; quien finalmente concluye que el único Dios verdadero, es decir, la Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, debe ser adorado con verdadera religión.

CAPÍTULO PRIMERO.---Los filósofos enseñaban una cosa sobre la religión en las escuelas y profesaban otra en los templos.

1. Como todo el camino de la vida buena y bienaventurada está constituido en la verdadera religión, en la que se adora a un solo Dios, y se conoce con la más pura piedad el principio de todas las naturalezas, del cual el universo se inicia, se perfecciona y se contiene: de aquí se descubre más claramente el error de aquellos pueblos, que prefirieron adorar a muchos dioses

en lugar de al único verdadero Dios y Señor de todos, ya que sus sabios, a quienes llaman filósofos, tenían escuelas que disentían de los templos comunes. Pues ni los pueblos ni los sacerdotes ignoraban cuán diversas eran las opiniones sobre la naturaleza de sus dioses, ya que cada uno no temía profesar públicamente su propia opinión, y se esforzaba por persuadir a todos, si podía; sin embargo, todos, con sus seguidores que sentían de manera diversa y contraria, acudían a los sagrados comunes sin que nadie se lo prohibiera. No se trata ahora de quién de ellos tenía una opinión más verdadera; pero ciertamente parece suficiente, en mi opinión, que asumieron una cosa en la religión con el pueblo, y defendieron otra en privado ante el mismo pueblo.

CAPÍTULO II.---Qué pensaba Sócrates sobre los dioses. Este mundo considerado como Dios.

2. Sin embargo, se dice que Sócrates fue más audaz que los demás, jurando por cualquier perro, y cualquier piedra, y cualquier cosa que estuviera a mano para jurar, y que se le ocurriera. Creo que entendía que cualesquiera que fueran las obras de la naturaleza, que se generaban bajo la administración de la divina providencia, eran mucho mejores que las de los hombres y de cualquier óptico, y por lo tanto más dignas de honores divinos que aquellas que se adoraban en los templos. No porque realmente la piedra y el perro debieran ser adorados por los sabios, sino para que de este modo entendieran quienes pudieran, que los hombres estaban tan sumergidos en la superstición, que para los que emergían, este era un grado tan vergonzoso que, si les avergonzaba llegar a él, verían cuánto más vergonzoso era permanecer en uno más vil. Al mismo tiempo, advertía a aquellos que consideraban que este mundo visible era el Dios supremo, de su propia torpeza, enseñándoles que era consecuente que cualquier piedra, como parte del Dios supremo, fuera justamente adorada. Si esto les resultaba abominable, cambiarían de opinión y buscarían al único Dios, a quien se sabía que estaba por encima de nuestras mentes, y por quien toda alma y todo este mundo había sido fabricado. Después, Platón escribió de manera más agradable para leer que poderosa para persuadir. Pues no nacieron de tal manera que pudieran convertir la opinión de sus pueblos al verdadero culto del verdadero Dios, desde la superstición de los ídolos y la vanidad de este mundo. Por lo tanto, el mismo Sócrates adoraba ídolos con el pueblo, y después de su condena y muerte, nadie se atrevió a jurar por el perro, ni a llamar a cualquier piedra Júpiter, sino que solo se atrevieron a consignar esto a la memoria y a las letras. Si lo hicieron por temor a la severidad, o por algún conocimiento de los tiempos, no me corresponde juzgar.

CAPÍTULO III.---La verdadera religión cristiana, que persuadió a los hombres de lo que Platón no creyó que pudiera persuadirse.

3. Sin embargo, diría con toda confianza, con el permiso de todos aquellos que persistentemente aman sus libros, que en los tiempos cristianos no hay duda de cuál religión debe ser principalmente mantenida, y cuál es el camino hacia la verdad y la bienaventuranza. Pues si el mismo Platón viviera, y no despreciara responderme si le preguntara, o más bien, si alguno de sus discípulos, en el mismo tiempo en que vivía, le preguntara, mientras se le persuadía por él que la verdad no se ve con los ojos corporales, sino con la mente pura; a la cual cualquier alma que se adhiriera, se haría bienaventurada y perfecta: para cuya percepción nada más impide que una vida entregada a las pasiones y las falsas imágenes de las cosas sensibles, que nos son impresadas por este mundo sensible a través del cuerpo, generando diversas opiniones y errores; por lo cual el alma debe ser sanada para contemplar la forma inmutable de las cosas, y la belleza que siempre se mantiene de la misma manera y es semejante a sí misma por todas partes, ni extendida en lugares, ni variada en el tiempo, sino que guarda una y la misma en todas partes, que no creerían que existiera, aunque realmente es

la más verdadera y suprema: las demás cosas nacen, mueren, fluyen, pasan; y sin embargo, en cuanto son, se mantienen fabricadas por aquel Dios eterno a través de su verdad: en las cuales solo al alma racional e intelectual se le ha dado que disfrute de la contemplación de esa eternidad, y se afecte y adorne por ella, y pueda merecer la vida eterna; pero mientras se hiere por el amor y el dolor de las cosas nacientes y pasajeras, y entregada a la costumbre de esta vida y a los sentidos del cuerpo, se desvanece en imágenes vanas, se burla de aquellos que dicen que hay algo que no se ve con estos ojos, ni se piensa con ninguna fantasía, sino que solo se puede ver con la mente y la inteligencia: cuando estas cosas le fueran persuadidas por su maestro, si aquel discípulo le preguntara si existiera algún hombre grande y divino que persuadiera tales cosas a los pueblos para que al menos las creyeran, si no pudieran percibir las, o si quienes pudieran percibir las no fueran envueltos en las opiniones erróneas de la multitud, y no fueran sepultados por los errores vulgares; lo juzgaría digno de honores divinos: respondería, creo, que no podría ser hecho por un hombre, a menos que tal vez la misma Virtud y Sabiduría de Dios lo exceptuara de la misma naturaleza de las cosas, y no por la enseñanza humana, sino por la iluminación íntima desde la cuna, lo honrara con tanta gracia, lo fortaleciera con tanta firmeza, y finalmente lo elevara con tanta majestad, que despreciando todo lo que los hombres perversos desean, y soportando todo lo que temen, y haciendo todo lo que admiran, convirtiera al género humano a una fe tan saludable con el mayor amor y autoridad. En cuanto a sus honores, sería en vano consultarlo, ya que fácilmente se podría estimar cuántos honores se deben a la Sabiduría de Dios, por la cual, llevando y gobernando, él merecería algo grande y propio, y que estuviera por encima de los hombres, por la verdadera salvación del género humano.

4. Si estas cosas se han hecho, si se celebran en las letras y monumentos, si desde una sola región de la tierra, en la que solo se adoraba a un Dios, y donde debía nacer tal persona, enviados hombres elegidos por todo el mundo, con virtudes y discursos encendieron incendios de amor divino; si confirmada la disciplina más saludable, dejaron iluminadas las tierras a los descendientes; y, para no hablar de lo pasado, que cualquiera puede no creer, si hoy se predica entre las naciones y pueblos: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho" (Juan 1, 1-3). Si para percibir, amar y disfrutar esto, para que el alma sea sanada, y la agudeza de la mente se fortalezca para absorber tanta luz, se dice a los avaros: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín destruyen, y donde los ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín destruyen, ni los ladrones minan ni hurtan: porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mateo 6, 19-21): se dice a los lujuriosos: "El que siembra en la carne, de la carne segará corrupción; el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna" (Gálatas 6, 8): se dice a los soberbios: "El que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado" (Lucas 14, 11): se dice a los iracundos: "Si te dan una bofetada, prepara la otra mejilla" (Mateo 5, 39): se dice a los discordiosos: "Amad a vuestros enemigos" (Mateo 5, 44): se dice a los supersticiosos: "El reino de Dios está dentro de vosotros" (Lucas 17, 21): se dice a los curiosos: "No busquéis las cosas que se ven, sino las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4, 18): finalmente se dice a todos: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo: porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida" (1 Juan 2, 15-16).

5. Si estas cosas ya se leen entre los pueblos de todo el mundo, y se escuchan con veneración y con el mayor agrado. Si después de tanta sangre, tantos fuegos, tantas cruces de mártires, las Iglesias han florecido tanto más fértil y abundantemente hasta las naciones bárbaras. Si

tantos miles de jóvenes y vírgenes que desprecian el matrimonio y viven castamente ya no son motivo de asombro: lo cual, cuando lo hizo Platón, temió tanto la perversa opinión de sus tiempos, que se dice que sacrificó a la naturaleza, para que tal pecado fuera abolido. Si estas cosas se aceptan de tal manera que, como antes era monstruoso discutir tales cosas, ahora es monstruoso discutir en contra. Si a tal promesa y compromiso se entregan los sagrados cristianos por todas las partes de la tierra que habitan los hombres. Si estas cosas se leen diariamente en las iglesias, y son expuestas por los sacerdotes. Si golpean sus pechos quienes intentan cumplirlas; si tantos innumerables emprenden este camino, que abandonando las riquezas y honores de este mundo, de toda clase de hombres, deseando dedicar toda su vida al único Dios supremo, se llenan las islas desiertas y la soledad de muchas tierras. Si finalmente, por las ciudades y pueblos, aldeas y campos, incluso en las villas privadas, se persuade y se busca tan abiertamente la aversión a las cosas terrenales y la conversión al único Dios verdadero, que diariamente por todo el mundo el género humano responde casi con una sola voz, que tienen sus corazones elevados hacia el Señor (De la Misa): ¿por qué seguimos bostezando con la resaca de ayer, y buscamos las palabras divinas en los animales muertos; y cuando se llega a la discusión, preferimos tener bocas resonantes con el nombre de Platón, que un pecho lleno de verdad?

CAPÍTULO IV.---Filósofos que se aferran totalmente a lo sensible son despreciables.

6. Por lo tanto, aquellos que consideran vano o malo despreciar este mundo sensible y someter y subyugar el alma a Dios con virtud, deben ser refutados de otra manera: si es que es digno discutir con ellos. Pero aquellos que admiten que es bueno y deseable, reconozcan a Dios y cedan a Dios, por quien ya se ha persuadido a todos los pueblos que estas cosas deben ser creídas. Lo cual ciertamente harían si tanto valieran: o si no se hiciera, no podrían evitar el crimen de la envidia. Por lo tanto, cedan a aquel por quien se ha hecho, y no se dejen impedir por la curiosidad o la vana jactancia de reconocer la diferencia entre las tímidas conjeturas de unos pocos y la manifiesta salvación y corrección de los pueblos. Pues si aquellos revivieran, cuyos nombres estos glorifican, y encontraran las iglesias llenas y los templos desiertos, y al género humano siendo llamado y corriendo desde el deseo de los bienes temporales y fluidos hacia la esperanza de la vida eterna y los bienes espirituales e inteligibles; dirían tal vez (si fueran tales como se dice que fueron): Estas son las cosas que no nos atrevimos a persuadir a los pueblos, y más bien cedimos a su costumbre que los llevamos a nuestra fe y voluntad.

7. Por lo tanto, si aquellos hombres pudieran vivir esta vida con nosotros nuevamente, verían ciertamente por la autoridad de quién se podría aconsejar más fácilmente a los hombres, y cambiando pocas palabras y sentimientos, se harían cristianos, como muchos de los más recientes y de nuestros tiempos platónicos lo han hecho. O si no lo admitieran ni lo hicieran, permaneciendo en la soberbia y la envidia, no sé si podrían volar de nuevo a aquellas mismas cosas que dijeron que eran deseables y apetecibles, con estas suciedades y ligaduras. Pues no sé si tales hombres se verían obstaculizados por el tercer vicio de la curiosidad en la consulta de los demonios, por el cual estos paganos, con quienes ahora se trata, son principalmente apartados de la salvación cristiana, porque es demasiado infantil.

CAPÍTULO V.---En qué sectas está la verdadera religión. Don divino. Espíritu Santo.

8. Pero de cualquier manera que se comporte la jactancia de los filósofos, es fácil para cualquiera entender que la religión no debe buscarse entre aquellos que asumieron los mismos sagrados con los pueblos, y sobre la naturaleza de sus dioses y el sumo bien, proclamaban diversas y contrarias opiniones en sus escuelas, con el mismo testimonio de la

multitud. Si solo viéramos que este único vicio ha sido sanado por la disciplina cristiana, nadie debería negar que merece ser proclamada con un elogio inefable. Pues las herejías tan innumerables apartadas de la regla del cristianismo, son testigos de que no se admite a participar de los Sacramentos a aquellos que sienten y tratan de persuadir a los hombres de manera diferente sobre Dios Padre, y su Sabiduría, y el Don divino, de lo que la verdad exige. Pues se cree y se enseña que es la cabeza de la salvación humana, que no hay otra filosofía, es decir, estudio de la sabiduría, y otra religión, cuando aquellos cuya doctrina no aprobamos, ni comparten los Sacramentos con nosotros.

9. Lo cual es menos sorprendente en aquellos que también quisieron ser diferentes en el rito de sus Sacramentos, como no sé qué Serpentinicos que se llaman, como los Maniqueos, como algunos otros. Pero en aquellos es más notable y más digno de ser proclamado, que celebrando los mismos Sacramentos, sin embargo, porque son diferentes en sentimiento, y prefirieron defender sus errores con más animosidad que corregirlos con más cautela, excluidos de la comunión católica, y de la participación de los mismos Sacramentos, merecieron nombres propios y reuniones propias, no solo en el discurso, sino también en la superstición: como los Fotinianos, los Arrianos, y muchos más. Pues sobre aquellos que hicieron cismas, es otra cuestión. Pues la era del Señor podría soportarlos hasta el tiempo de la última ventilación como paja, a menos que por el viento de la soberbia cedieran con demasiada ligereza, y se separaran de nosotros por su propia voluntad. Los judíos, aunque suplican al único Dios omnipotente, esperando de él solo bienes temporales y visibles, no quisieron advertir los rudimentos del nuevo pueblo que surgía de la humildad, en sus propias Escrituras con demasiada seguridad, y así permanecieron en el hombre viejo. Siendo así las cosas, ni en la confusión de los paganos, ni en las impurezas de los herejes, ni en la languidez de los cismáticos, ni en la ceguera de los judíos debe buscarse la religión, sino solo entre aquellos que se llaman cristianos católicos, o ortodoxos, es decir, guardianes de la integridad, y seguidores de lo recto.

CAPÍTULO VI.---La verdadera religión solo en la Iglesia católica, que utiliza a todos los errantes para su progreso. Los buenos a veces expulsados de la Iglesia por sediciosos.

10. Pues esta Iglesia católica, extendida poderosamente y ampliamente por todo el mundo, utiliza a todos los errantes para su progreso, y para su corrección cuando quieran despertar. Pues utiliza a los gentiles como materia de su operación, a los herejes para la prueba de su doctrina, a los cismáticos para el documento de su estabilidad, a los judíos para la comparación de su belleza. Por lo tanto, invita a unos, excluye a otros, deja a otros, precede a otros: pero a todos les da el poder de participar de la gracia de Dios; ya sea que deban ser formados, reformados, recogidos o admitidos. Sin embargo, tolera a sus carnales, es decir, a los que viven o sienten carnalmente, como paja, con la cual los granos son más seguros en la era, hasta que se despojen de tales coberturas. Pero como en esta era cada uno es paja o grano según su voluntad, se tolera el pecado o error de cualquiera hasta que encuentre un acusador, o defienda su opinión errónea con obstinada animosidad. Los excluidos, sin embargo, o regresan arrepentidos, o se deslizan en la maldad con mala libertad, para la advertencia de nuestra diligencia; o hacen un cisma, para la ejercitación de nuestra paciencia; o engendran alguna herejía, para el examen u ocasión de nuestra inteligencia. Estos son los resultados de los cristianos carnales que no pudieron ser corregidos o sostenidos.

11. A menudo también permite la divina providencia que, a través de algunas sediciones excesivamente turbulentas de hombres carnales, sean expulsados de la congregación cristiana incluso hombres buenos. Cuando estos soportan con la mayor paciencia tal afrenta o injuria

por la paz de la Iglesia, y no han intentado ninguna novedad de cisma o herejía, enseñan a los hombres con cuánta verdadera devoción y cuánta sinceridad de caridad se debe servir a Dios. El propósito de tales hombres es, o bien regresar cuando las tormentas se hayan calmado; o si no se les permite, ya sea porque la misma tempestad persiste, o para que con su regreso no surja una igual o más feroz; mantienen la voluntad de aconsejar incluso a aquellos mismos cuyos movimientos y perturbaciones cedieron, sin ninguna segregación de conventículos, defendiendo hasta la muerte y ayudando con su testimonio la fe que saben que se predica en la Iglesia católica. A estos los corona en secreto el Padre, que ve en secreto. Este parece ser un tipo raro, pero sin embargo no faltan ejemplos: de hecho, son más de lo que se puede creer. Así, la divina providencia utiliza todos los tipos de hombres y ejemplos para la curación de las almas y para la instrucción del pueblo espiritual.

CAPÍTULO VII.---La religión de la Iglesia Católica debe ser abrazada. Qué profesa ella.

12. Por lo tanto, cuando hace pocos años prometí escribirte, mi queridísimo Romaniano, lo que pensaba sobre la verdadera religión (Lib. 2 contra Académicos, cap. 3, n. 8), he considerado que ahora es el momento, después de que tus agudas preguntas, sin ningún fin cierto, no pude soportar más tiempo con la caridad con la que estoy obligado a ti. Rechazando, por tanto, a todos aquellos que ni filosofan en lo sagrado, ni se consagran en la filosofía; y a aquellos que, por una opinión errónea o alguna rivalidad, se han desviado de la regla y comunión de la Iglesia católica; y a aquellos que no quisieron tener la luz de las Sagradas Escrituras y la gracia del pueblo espiritual, que se llama Nuevo Testamento, a quienes he mencionado con la mayor brevedad posible: debemos mantener la religión cristiana y la comunión de esa Iglesia que es católica, y se llama católica, no solo por sus propios miembros, sino también por todos sus enemigos. Pues quieran o no, incluso los herejes y los hijos de los cismas, cuando no hablan con los suyos, sino con extraños, no llaman a la Iglesia Católica de otra manera que Católica. No pueden ser entendidos, a menos que la distingan con este nombre, por el cual es llamada por todo el mundo.

13. La cabeza de esta religión a seguir es la historia y la profecía de la dispensación temporal de la divina providencia, para la salvación del género humano, reformándolo y reparándolo para la vida eterna. Cuando esto ha sido creído, el modo de vida conciliado con los preceptos divinos purificará la mente y la hará idónea para percibir las cosas espirituales, que ni son pasadas ni futuras, sino que permanecen siempre de la misma manera, no sujetas a ninguna mutabilidad; es decir, el único Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: por esta Trinidad, en cuanto se nos ha dado a conocer en esta vida, se percibe sin ninguna duda que toda criatura intelectual, animal y corporal, ha sido creada por la misma Trinidad creadora en cuanto existe, tiene su forma y es administrada de manera ordenadísima; no para que se entienda que el Padre hizo una parte de toda la creación, el Hijo otra, y el Espíritu Santo otra, sino que el Padre hizo todas las cosas y cada naturaleza a través del Hijo en el don del Espíritu Santo. Pues toda cosa, ya sea sustancia, esencia o naturaleza, o si se expresa mejor con otra palabra, tiene estas tres cosas al mismo tiempo; para que sea algo único, se distinga por su propia especie de las demás, y no exceda el orden de las cosas.

CAPÍTULO VIII.---Lo que primero creímos por autoridad, luego lo entendemos por razón. Los herejes benefician a la Iglesia.

14. Una vez conocido esto, aparecerá claramente, en la medida en que el hombre puede alcanzar, cuán necesarias, invictas y justas leyes sujetan todas las cosas a Dios y Señor suyo: de lo cual todo aquello que primero creímos, siguiendo solo la autoridad, se entiende en parte de tal manera que vemos que es certísimo; en parte de tal manera que vemos que puede

sucedier, y que debía suceder así, y lamentamos a aquellos que no creen esto, quienes prefirieron burlarse de nosotros creyentes antes que creer con nosotros. Pues ya no se cree solo, sino que también se juzga que la sagrada asunción del hombre, el parto de la Virgen, la muerte del Hijo de Dios por nosotros, la resurrección de entre los muertos, la ascensión al cielo, el asiento a la derecha del Padre, la abolición de los pecados, el día del juicio y la resurrección de los cuerpos, pertenecen a la misericordia del sumo Dios, que exhibe al género humano.

15. Pero como se ha dicho muy verdaderamente, "Es necesario que haya muchas herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros" (I Cor. XI, 19); usemos también este beneficio de la divina providencia. De estos hombres se hacen herejes, quienes, aunque estuvieran en la Iglesia, errarían igualmente. Pero cuando están fuera, son de gran utilidad, no enseñando la verdad, que no conocen; sino incitando a los carnales a buscar la verdad, y a los católicos espirituales a abrirla. Pues hay innumerables hombres aprobados por Dios en la santa Iglesia, pero no se manifiestan entre nosotros mientras preferimos dormir deleitados en las tinieblas de nuestra ignorancia, antes que contemplar la luz de la verdad. Por lo tanto, muchos son despertados del sueño por los herejes para ver y alegrarse en el día de Dios. Usemos, pues, también a los herejes, no para aprobar sus errores, sino para que, defendiendo la disciplina católica contra sus insidias, seamos más vigilantes y cautelosos, aunque no podamos devolverlos a la salvación.

CAPÍTULO IX.---El error de los maniqueos sobre dos principios y dos almas.

16. Creo, sin embargo, que Dios estará presente, para que esta escritura, precedida por la piedad, pueda ser útil a los buenos lectores, no contra una sola, sino contra todas las opiniones erróneas y falsas. Sin embargo, está principalmente dirigida contra aquellos que piensan que dos naturalezas o sustancias con principios individuales son rebeldes entre sí. Ofendidos por algunas cosas, y nuevamente deleitados por otras, no quieren que Dios sea el autor de aquellas por las que se ofenden, sino de aquellas por las que se deleitan. Y como no pueden vencer su costumbre, ya atrapados en lazos carnales, piensan que hay dos almas en un cuerpo: una de Dios, que naturalmente es lo que Él es; otra de la raza de las tinieblas, que Dios ni engendró, ni hizo, ni produjo, ni rechazó; sino que tenía su propia vida, su propia tierra, sus propios frutos y animales, finalmente su propio reino, y un principio no engendrado; pero que en cierto tiempo se rebeló contra Dios, y Dios, al no tener otra cosa que hacer, y no encontrar cómo resistir al enemigo, oprimido por la necesidad, envió aquí un alma buena, y una cierta partícula de su sustancia, cuya mezcla y combinación sueñan que templó al enemigo, y fabricó el mundo.

17. No estamos ahora refutando sus opiniones, lo cual en parte ya hemos hecho, y en parte haremos cuanto Dios lo permita: pero en esta obra mostramos, en la medida de nuestras posibilidades, cómo la fe católica está segura contra ellos, y cómo no perturban el ánimo aquellas cosas por las que los hombres, movidos, ceden a su opinión, con las razones que el Señor se digna dar. Sin embargo, quiero que tengas presente, tú que conoces bien mi ánimo, que no digo esto solemnemente para evitar la arrogancia, que cualquier error que se pueda encontrar en estas letras, solo debe atribuirse a mí; pero cualquier cosa que sea verdadera y expuesta convenientemente, al único dador de todos los bienes, Dios.

CAPÍTULO X.---A punto de narrar la historia de la economía divina respecto a nuestra salvación, primero muestra de dónde proviene el error en la religión, y cómo se restaura la religión perfecta con la ayuda de Dios.

18. Por lo tanto, que te sea manifiesto y percibido, que no podría haber habido error en la religión, si el alma no adorara como su Dios al alma, o al cuerpo, o a sus fantasmas, o a algunos de estos dos juntos, o ciertamente a todos ellos al mismo tiempo: sino que en esta vida, congruente temporalmente con la sociedad del género humano sin engaño, meditara en lo eterno, adorando a un solo Dios; que si no permaneciera inmutable, ninguna naturaleza mutable permanecería. Sin embargo, cualquiera puede reconocer que el alma puede cambiar, no localmente, sino temporalmente, por sus afectos. Además, es fácil advertir que el cuerpo es mutable tanto en tiempos como en lugares. Por otro lado, los fantasmas no son otra cosa que figuras atraídas por el sentido corporal de la especie del cuerpo: es muy fácil, al pensar, encomendarlos a la memoria tal como se recibieron, o dividirlos, o multiplicarlos, o contraerlos, o extenderlos, o ordenarlos, o perturbarlos, o figurarlos de cualquier manera; pero cuando se busca la verdad, es difícil evitarlos y esquivarlos.

19. No sirvamos, pues, a la criatura más que al Creador, ni nos desvanzcamos en nuestros pensamientos, y la religión perfecta es. Pues al adherirnos al Creador eterno, es necesario que también nosotros seamos afectados por la eternidad. Pero como el alma, cubierta e implicada por sus pecados, no podría ver y sostener esto por sí misma, sin ningún grado interpuesto en las cosas humanas para alcanzar las divinas, por el cual el hombre se esforzara por alcanzar la semejanza de Dios desde la vida terrena, se le ayuda al género humano, en parte a individuos, en parte al mismo género humano, por la misericordia inefable de Dios, a través de una dispensación temporal por una criatura mutable, pero que sin embargo sirve a leyes eternas, para la conmemoración de su primera y perfecta naturaleza. Esta es en nuestros tiempos la religión cristiana, que conocer y seguir es la salvación más segura y certísima.

20. Puede ser defendida de muchas maneras contra los habladores, y abierta a los que buscan; el mismo Dios omnipotente demostrando por sí mismo lo que es verdadero, y ayudando a las buenas voluntades a ver y percibir estas cosas a través de buenos ángeles y cualquier hombre. Cada uno usa el modo que ve conveniente para aquellos con quienes trata. Por lo tanto, considerando durante mucho tiempo y mucho cuáles habladores y cuáles buscadores he experimentado, o cuál fui yo mismo, ya sea cuando ladraba o cuando buscaba, pensé que debía usar este modo. Lo que percibas que es verdadero, reténlo, y atribúyelo a la Iglesia católica; lo que es falso, recházalo, y perdóname a mí que soy hombre; lo que es dudoso, créelo, hasta que la razón enseñe, o la autoridad ordene, que debe ser rechazado, o que es verdadero, o que debe ser siempre creído. Por lo tanto, atiende diligente y piadosamente, en la medida de tus posibilidades, a lo que sigue: pues Dios ayuda a tales.

CAPÍTULO XI.---Toda vida es de Dios. La muerte del alma, la maldad.

21. No hay vida que no sea de Dios, porque Dios es ciertamente la suma vida y Él mismo es la fuente de la vida, y ninguna vida en cuanto vida es, es mala, sino en cuanto se inclina hacia la muerte: pero la muerte de la vida no es otra cosa que la maldad, que se llama así porque no es nada; y por eso los hombres malvados, se llaman hombres de nada. Por lo tanto, la vida que por su propio defecto voluntario se aparta de su Dios, y de cuya esencia disfrutaba, y queriendo disfrutar contra la ley de Dios de los cuerpos, a los que Dios la había puesto por encima, se inclina hacia la nada; y esta es la maldad: no porque el cuerpo ya sea nada. Pues también tiene alguna concordia de sus partes, sin la cual no podría ser en absoluto. Por lo tanto, fue hecho por aquel que es la cabeza de toda concordia. El cuerpo tiene una cierta paz de su forma, sin la cual absolutamente no sería nada. Por lo tanto, Él es también el creador del cuerpo, de quien es toda paz, y quien es la forma no fabricada, y la más hermosa de todas. Tiene alguna especie, sin la cual el cuerpo no es cuerpo. Si, por lo tanto, se pregunta quién instituyó el cuerpo, se debe buscar a aquel que es el más hermoso de todos. ¿Quién es este,

sino un solo Dios, una verdad, una salvación de todos, y la primera y suma esencia, de la cual es todo lo que es, en cuanto es; porque en cuanto es lo que es, es bueno.

22. Y por eso la muerte no es de Dios. Pues Dios no hizo la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivos (Sab. I, 13): porque la suma esencia hace que sea todo lo que es, de donde también se llama esencia. Pero la muerte hace que no sea lo que muere, en cuanto muere. Pues si las cosas que mueren, murieran completamente, sin duda llegarían a la nada; pero solo mueren en cuanto participan menos de la esencia: lo cual se puede decir más brevemente así: tanto más mueren, cuanto menos son. Sin embargo, el cuerpo es menos que cualquier vida; porque en cuanto permanece en alguna especie, permanece por la vida, ya sea por la que cada animal, o por la que toda la naturaleza del mundo es administrada. Por lo tanto, el cuerpo está más sujeto a la muerte, y por eso está más cerca de la nada: por lo cual la vida, que deleitada por el fruto del cuerpo descuida a Dios, se inclina hacia la nada, y esta es la maldad.

CAPÍTULO XII.---Caída y reparación de todo el hombre.

23. De esta manera, la vida se hace carnal y terrena, y por eso también se llama carne y tierra; y mientras es así, no poseerá el reino de Dios, y se le quita lo que ama. Pues ama lo que es menos que la vida, porque es cuerpo; y por el mismo pecado, que se ama, se hace corruptible, para que fluyendo abandone a su amante, porque también él, amando esto, abandonó a Dios. Pues descuidó sus preceptos diciendo: Come esto, y no comas aquello (Gen. II, 16, 17). Por lo tanto, es arrastrado a las penas: porque amando las cosas inferiores, es ordenado en la indigencia de sus placeres y en los dolores en el infierno. Pues ¿qué es el dolor, que se dice del cuerpo, sino la corrupción repentina de la salud de aquella cosa que el alma, usándola mal, expuso a la corrupción? ¿Y qué es el dolor, que se dice del alma, sino carecer de las cosas mutables, de las que disfrutaba, o esperaba poder disfrutar? Y esto es todo lo que se llama mal, es decir, pecado, y pena del pecado.

24. Pero si mientras el alma vive en este estadio de la vida humana, vence a aquellos deseos que ha nutrido contra sí misma disfrutando de las cosas mortales, y cree que es ayudada por la gracia de Dios para vencerlos, sirviendo a Él con la mente y la buena voluntad; sin duda será reparada, y de muchas cosas mutables volverá a una inmutable, reformada por la Sabiduría no formada, sino por la cual se forman todas las cosas, y disfrutará de Dios por el Espíritu Santo, que es el Don de Dios. Así se hace el hombre espiritual juzgando todas las cosas, para que él mismo no sea juzgado por nadie (I Cor. II, 15), amando al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente, y amando a su prójimo no carnalmente, sino como a sí mismo. Pues se ama espiritualmente a sí mismo, quien ama a Dios con todo lo que vive en él. En estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40).

25. De ahí será consecuente que después de la muerte corporal, que debemos al primer pecado, en su tiempo y orden, este cuerpo sea restituido a su estabilidad original, que no tendrá por sí mismo, sino por el alma estabilizada en Dios. La cual nuevamente no se estabiliza por sí misma, sino por Dios de quien disfruta; y por eso más que el cuerpo vigorizará: pues el cuerpo vigorizará por ella, y ella por la verdad inmutable, que es el único Hijo de Dios; y así también el cuerpo vigorizará por el mismo Hijo de Dios, porque todas las cosas por Él. También por su Don, que se da al alma, es decir, el Espíritu Santo, no solo el alma, a la que se da, se hace salva, pacífica y santa, sino que también el mismo cuerpo será vivificado, y será en su naturaleza purísimo. Pues Él mismo dijo: Limpia lo que está dentro, y lo que está fuera será limpio (Mat. XXIII, 26). También dice el Apóstol: Vivificará también

vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en vosotros (Rom. VIII, 11). Quitado, pues, el pecado, se quitará también la pena del pecado: ¿y dónde está el mal? ¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? Pues la esencia vence a la nada, y así la muerte es absorbida en victoria (I Cor. XV, 54, 55).

CAPÍTULO XIII.---Diferencia de los ángeles.

26. Ni el ángel malo, que se llama diablo, perjudicará a los santificados; porque también él, en cuanto ángel, no es malo, sino en cuanto es perverso por su propia voluntad. Pues es necesario admitir que también los ángeles son por naturaleza mutables, si solo Dios es inmutable: pero por la voluntad con la que aman más a Dios que a sí mismos, permanecen firmes y estables en Él, y disfrutan de su majestad, sometiéndose gustosamente a Él solo. Pero aquel ángel, amándose más a sí mismo que a Dios, no quiso estar sometido a Él, y se hinchó por la soberbia, y defectó de la suma esencia, y cayó: y por eso es menos de lo que era, porque quiso disfrutar de lo que era menos, cuando quiso disfrutar más de su propia potencia que de la de Dios. Pues aunque no sumamente, sin embargo, era más cuando disfrutaba de lo que sumamente es, porque solo Dios es sumamente. Cualquier cosa que sea menos de lo que era, no es mala en cuanto es, sino en cuanto es menos, tiende a la muerte. ¿Y qué maravilla si de la deficiencia surge la pobreza, y de la pobreza la envidia, por la cual el diablo es ciertamente diablo?

CAPÍTULO XIV.---El pecado del libre albedrío.

27. Este defecto que se llama pecado, si nos invadiera como una fiebre involuntaria, parecería justamente una pena injusta la que sigue al pecador, y que se llama condenación. Pero ahora el pecado es un mal tan voluntario, que de ninguna manera es pecado si no es voluntario; y esto es tan evidente que ningún número de doctos, ni multitud de indoctos, disiente de ello. Por lo tanto, o se niega que se comete pecado, o se admite que se comete por voluntad. No niega correctamente que el alma ha pecado quien admite que se corrige al arrepentirse, y que se le da perdón al penitente, y que el que persevera en los pecados es condenado por la justa ley de Dios. Finalmente, si no hacemos el mal por voluntad, nadie debe ser reprendido o aconsejado en absoluto: si se eliminan estas cosas, es necesario que se elimine la ley cristiana y toda la disciplina de la religión. Por lo tanto, se peca por voluntad. Y puesto que no hay duda de que se peca, tampoco veo duda de que las almas tienen libre albedrío. Dios juzgó que sus siervos serían mejores si le sirvieran libremente: lo cual de ninguna manera podría suceder si le sirvieran por necesidad y no por voluntad.

28. Por lo tanto, los ángeles sirven a Dios libremente, y esto no beneficia a Dios, sino a ellos mismos. Dios no necesita el bien de otro, ya que es de sí mismo. Lo que ha sido engendrado por Él, es Él mismo; porque no ha sido hecho, sino engendrado. Pero lo que ha sido hecho, necesita de su bien, es decir, del bien supremo, que es la esencia suprema. Son menos de lo que eran cuando, por el pecado del alma, se mueven menos hacia Él: sin embargo, no se separan completamente; pues de lo contrario no existirían en absoluto. Lo que le sucede al alma por los afectos, le sucede al cuerpo por los lugares: pues aquella se mueve por voluntad, el cuerpo por el espacio. Lo que se dice que fue persuadido al hombre por el ángel perverso, también a esto consintió por voluntad. Pues si lo hubiera hecho por necesidad, no estaría sujeto a ningún crimen de pecado.

CAPÍTULO XV.---La misma pena del pecado nos instruye para el arrepentimiento.

29. Que el cuerpo del hombre, siendo antes del pecado óptimo en su género, después del pecado se hizo débil y destinado a la muerte, aunque es una justa venganza del pecado, sin embargo, muestra más la clemencia del Señor que su severidad. Así se nos persuade que debemos convertir nuestro amor de los placeres del cuerpo a la esencia eterna de la verdad. Y es la belleza de la justicia concordando con la gracia de la benignidad, que como fuimos engañados por la dulzura de los bienes inferiores, seamos instruidos por la amargura de las penas. Pues así también nuestra suplicio ha sido moderado por la divina providencia, para que incluso en este cuerpo tan corruptible se nos permita tender hacia la justicia, y con toda soberbia dejada de lado, someter el cuello al único Dios verdadero, no confiar en sí mismo, y encomendarse a Él solo para ser guiado y protegido. Así, bajo su guía, el hombre de buena voluntad convierte las molestias de esta vida en uso de fortaleza: y en la abundancia de placeres y éxitos prósperos de las cosas temporales, prueba y fortalece su templanza; agudiza su prudencia en las tentaciones, para que no solo no sea inducido a ellas, sino que se vuelva más vigilante, y más ardiente en el amor de la verdad, que sola no engaña.

CAPÍTULO XVI.---Con el Verbo encarnado se ha consultado más beneficiosamente al hombre.

30. Pero aunque Dios cura de todas las maneras las almas según las oportunidades de los tiempos, que son ordenadas por su maravillosa sabiduría, de las cuales o no se debe tratar, o se debe tratar entre los piadosos y perfectos; de ninguna manera consultó más beneficiosamente al género humano, que cuando la misma Sabiduría de Dios, es decir, el único Hijo consustancial al Padre y coeterno, se dignó asumir todo el hombre, y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Así mostró a los carnales, y a los que no pueden contemplar la verdad con la mente, entregados a los sentidos corporales, qué lugar tan excelso tiene la naturaleza humana entre las criaturas, que no solo visiblemente (pues eso podría haberlo hecho en algún cuerpo etéreo adaptado a la tolerancia de nuestra vista), sino que apareció a los hombres en un verdadero hombre: pues era necesario asumir la misma naturaleza que debía ser liberada. Y para que ningún sexo pensara que fue despreciado por su Creador, asumió un hombre, nacido de una mujer.

31. No hizo nada por la fuerza, sino todo persuadiendo y aconsejando. Pues habiendo pasado la antigua servidumbre, había amanecido el tiempo de la libertad, y ya se aconsejaba oportunamente y saludablemente al hombre, cuán libre había sido creado. Con milagros concilió la fe en Dios que era, con la pasión en el hombre que llevaba. Así hablando a las multitudes como Dios, negó a la madre que se le había anunciado (Mateo 12, 48): y sin embargo, como dice el Evangelio, el niño estaba sujeto a sus padres (Lucas 2, 51). En la doctrina aparecía como Dios, en las edades como hombre. También, a punto de convertir el agua en vino como Dios, dice: "Apártate de mí, mujer: ¿qué tengo yo contigo? Aún no ha llegado mi hora" (Juan 2, 4). Pero cuando llegó la hora en que debía morir como hombre, desde la cruz encomendó a su madre conocida al discípulo que amaba más que a los demás (Juan 19, 26-27). Los satélites de los placeres deseaban perniciosamente las riquezas del pueblo: quiso ser pobre. Anhelaban honores e imperios: no quiso ser rey. Consideraban a los hijos carnales un gran bien: despreciaba tal matrimonio y prole. Horrorizaban soberbiamente las injurias: soportó todo tipo de injurias. Consideraban las injurias intolerables: ¿qué mayor injuria que condenar al justo e inocente? Aborrecían los dolores del cuerpo: fue azotado y torturado. Temían morir: fue condenado a muerte. Consideraban la cruz el género de muerte más ignominioso: fue crucificado. Todo lo que deseábamos tener y por lo que no vivíamos rectamente, lo despreció al carecer de ello. Todo lo que deseábamos evitar y por lo que nos desviábamos del estudio de la verdad, lo derribó al soportarlo. Pues no se puede cometer

ningún pecado, sino cuando se desean las cosas que él despreció, o se evitan las que él soportó.

32. Toda su vida en la tierra, a través del hombre que se dignó asumir, fue una disciplina de costumbres. Su resurrección de entre los muertos indicó suficientemente que nada de la naturaleza del hombre perece, cuando todo está a salvo en Dios, y cómo todo sirve a su Creador, ya sea para la venganza de los pecados, ya sea para la liberación del hombre, y cuán fácilmente el cuerpo sirve al alma, cuando esta se somete a Dios. Con estas cosas completadas, no solo ninguna sustancia es mal, lo cual nunca puede ser; sino que tampoco se ve afectada por ningún mal, lo cual pudo suceder por el pecado y la venganza. Y esta es la disciplina natural, digna de plena fe para los cristianos menos entendidos, pero para los entendidos, purgada de todo error.

CAPÍTULO XVII.---La razón de la doctrina en la verdadera religión es la mejor, ya sea que se considere el Antiguo o el Nuevo Testamento.

33. Ahora bien, el mismo modo de toda la doctrina, en parte clarísimo, en parte con similitudes, en palabras, en hechos, en sacramentos, acomodado a toda instrucción y ejercicio del alma, ¿qué otra cosa hizo sino cumplir la regla de la disciplina racional? Pues la exposición de los misterios se dirige a lo que se ha dicho clarísimamente. Y si solo existieran las cosas que se entienden fácilmente, no se buscaría con esmero, ni se encontraría con placer la verdad. Ni si hubiera en las Escrituras sacramentos, y en los sacramentos no hubiera signos de la verdad, la acción concordaría suficientemente con el conocimiento. Ahora bien, puesto que la piedad comienza con el temor y se perfecciona con la caridad; el pueblo constreñido por el temor en el tiempo de la servidumbre en la antigua Ley estaba cargado de muchos Sacramentos. Esto era útil para tales personas para desear la gracia de Dios, que se anunciaba por los Profetas que vendría. Cuando esta llegó, por la misma Sabiduría de Dios asumida en el hombre, por quien fuimos llamados a la libertad, se establecieron pocos Sacramentos muy saludables, que mantuvieran la sociedad del pueblo cristiano, es decir, de la multitud libre bajo un solo Dios. Muchas cosas que fueron impuestas al pueblo hebreo, es decir, a la multitud encadenada bajo el mismo único Dios, fueron removidas de la acción, permaneciendo en la fe y la interpretación. Así ahora no atan servilmente, y ejercitan liberalmente el ánimo.

34. Pero quien niega que ambos Testamentos puedan ser del mismo Dios, porque nuestro pueblo no está sujeto a los mismos sacramentos a los que los judíos estaban o aún están sujetos; puede decir que no puede suceder que un padre de familia justísimo ordene una cosa a aquellos a quienes juzga útil una servidumbre más dura, y otra a aquellos a quienes se digna adoptar en el grado de hijos. Pero si los preceptos de vida mueven, porque en la antigua Ley son menores, en el Evangelio mayores, y por eso se piensa que no pertenecen ambos al mismo Dios; puede quien piensa esto ser perturbado, si un médico ordena una cosa a los más débiles a través de sus ministros, y otra a los más fuertes por sí mismo para restaurar o mantener la salud. Pues así como el arte de la medicina, permaneciendo el mismo, y de ninguna manera cambiando, cambia sin embargo los preceptos para los enfermos, porque nuestra salud es mutable: así la divina providencia, siendo ella misma completamente inmutable, socorre de diversas maneras a la criatura mutable, y según la diversidad de las enfermedades ordena o prohíbe unas cosas u otras; para que desde el vicio donde comienza la muerte, y desde la misma muerte, a su naturaleza y esencia, lo que decae, es decir, lo que tiende a la nada, lo devuelva y lo afirme.

CAPÍTULO XVIII.---Por qué las criaturas son mutables.

35. Pero me dices: ¿Por qué decaen? Porque son mutables. ¿Por qué son mutables? Porque no son sumamente. ¿Por qué no son sumamente? Porque son inferiores a aquel por quien fueron hechas. ¿Quién las hizo? Aquel que es sumamente. ¿Quién es este? Dios, la inmutable Trinidad, porque las hizo por la suma Sabiduría, y las conserva con suma benignidad. ¿Por qué las hizo? Para que existieran. Pues el ser, por mínimo que sea, es bueno; porque el sumo bien es ser sumamente. ¿De dónde las hizo? De la nada. Pues todo lo que es, por pequeña que sea su especie, necesariamente es; así, aunque sea el mínimo bien, sin embargo, será un bien, y será de Dios. Pues ya que la suma especie es el sumo bien, la mínima especie es el mínimo bien. Pero todo bien, o es Dios, o es de Dios. Por lo tanto, de Dios es también la mínima especie. Ciertamente, lo que se dice de la especie, también puede decirse de la forma. Pues no en vano tanto lo más hermoso como lo más formoso se pone en la alabanza. Por lo tanto, eso es de donde Dios hizo todas las cosas, lo que no tiene ninguna especie, ni forma; lo que no es otra cosa que nada. Pues aquello que en comparación con lo perfecto se dice informe, si tiene algo de forma, aunque sea mínimo, aunque sea incipiente, aún no es nada, y por lo tanto eso también en cuanto es, no es sino de Dios.

36. Por lo tanto, incluso si el mundo fue hecho de alguna materia informe, esta misma fue hecha completamente de la nada. Pues lo que aún no está formado, sin embargo, de algún modo está comenzado para que pueda ser formado, es formable por el beneficio de Dios: pues es bueno ser formado. Por lo tanto, es un bien no pequeño la capacidad de forma: y por eso el autor de todos los bienes, que otorgó la forma, también hizo el poder ser formado. Así, todo lo que es, en cuanto es; y todo lo que aún no es, en cuanto puede ser, lo tiene de Dios. Lo cual de otro modo se dice así: todo lo formado, en cuanto es formado; y todo lo que aún no está formado, en cuanto puede ser formado, lo tiene de Dios. Pero ninguna cosa obtiene la integridad de su naturaleza, a menos que esté a salvo en su género. Pero de aquel es toda salvación, de quien es todo bien; pero todo bien es de Dios: por lo tanto, toda salvación es de Dios.

CAPÍTULO XIX.---Son buenos, pero no sumos bienes, los que pueden ser viciados.

37. De aquí ya, a quien los ojos de la mente se le abren, y no se oscurecen ni se turban por el pernicioso deseo de una vana victoria, fácilmente entiende que todas las cosas que se vician y mueren, son buenas, aunque el mismo vicio, y la misma muerte, sean un mal. Pues si no fueran privadas de alguna salud, el vicio o la muerte no les haría daño: pero si el vicio no les hiciera daño, de ninguna manera sería vicio. Si, por lo tanto, el vicio se opone a la salud, y sin duda alguna la salud es un bien; todas las cosas a las que se opone el vicio son buenas; pero las que se oponen al vicio, ellas mismas se vician: por lo tanto, son buenas las que se vician; pero se vician porque no son sumos bienes. Porque, por lo tanto, son buenas, son de Dios: porque no son sumos bienes, no son Dios. Por lo tanto, el bien que no puede ser viciado, es Dios. Pero todas las demás cosas buenas son de Él, que por sí mismas pueden ser viciadas, porque por sí mismas no son nada: pero por Él, unas no se vician, otras viciadas se sanan.

CAPÍTULO XX.---De dónde el vicio del alma.

38. Pero el primer vicio del alma racional es la voluntad de hacer lo que prohíbe la suma e íntima verdad. Así el hombre fue expulsado del paraíso a este siglo, es decir, de lo eterno a lo temporal, de lo copioso a lo escaso, de lo firme a lo débil: no, por lo tanto, de un bien sustancial a un mal sustancial, porque ninguna sustancia es mal; sino de un bien eterno a un bien temporal, de un bien espiritual a un bien carnal, de un bien inteligible a un bien sensible, de un bien sumo a un bien ínfimo. Por lo tanto, hay un cierto bien, que si el alma racional lo

ama, peca; porque está ordenado por debajo de ella: por lo cual el mismo pecado es un mal, no la sustancia que se ama pecando. Por lo tanto, no es el árbol aquel mal, que se dice plantado en medio del paraíso, sino la transgresión del divino precepto. Que cuando tiene la condenación justa que le sigue, se obtiene de aquel árbol, que fue tocado contra el mandato, el conocimiento del bien y del mal: porque cuando el alma ha sido implicada en su pecado, al pagar las penas, aprende qué diferencia hay entre el precepto que no quiso guardar, y el pecado que cometió; y de este modo aprende el mal, que no aprendió evitando, al sentirlo; y el bien que amaba menos al no obedecer, lo ama más ardientemente al compararlo.

39. Por lo tanto, el vicio del alma es lo que hizo, y la dificultad del vicio es la pena que sufre; y esto es todo el mal. Pero hacer y sufrir no es sustancia: por lo tanto, la sustancia no es mal. Pues así ni el agua es mal, ni el animal que vive en el aire; pues estas son sustancias: pero es mal la precipitación voluntaria en el agua, y el ahogamiento que sufre el sumergido. Un estilete de hierro hecho hábilmente con una parte para escribir, y otra para borrar, es hermoso en su género, y adecuado para nuestro uso. Pero si alguien quiere escribir con la parte que borra, y borrar con la que escribe, de ninguna manera hará malo el estilete, aunque el mismo hecho sea justamente vituperado: lo cual si corrige, ¿dónde estará el mal? Si alguien de repente mira al sol del mediodía, los ojos reflejados se turbarán: ¿acaso por eso será malo el sol o los ojos? De ninguna manera; pues son sustancias: pero es malo el aspecto desordenado, y la misma perturbación que sigue; lo cual no será malo cuando los ojos se hayan recreado, y hayan mirado su luz congruentemente. Ni cuando la misma luz que pertenece a los ojos, se adora en lugar de la luz de la sabiduría que pertenece a la mente, se hace mala: pero la superstición es mala, por la cual se sirve a la criatura más que al Creador; lo cual no será malo en absoluto, cuando el alma, reconociendo al Creador, se someta a Él solo, y perciba que todo lo demás le está sujeto a través de Él.

40. Así toda criatura corpórea, si solo es poseída por el alma que ama a Dios, es un bien ínfimo, y en su género hermoso; porque está contenida en forma y especie: pero si es amada por el alma que descuida a Dios, ni siquiera así se hace mala; pero porque el pecado es malo, por el cual es amada así, se hace penal para su amante, y lo implica en aflicciones, y lo alimenta con placeres engañosos: porque ni permanecen, ni satisfacen, sino que atormentan con dolores. Porque cuando la mutabilidad de los tiempos cumple su orden, la especie deseada abandona al amante, y se aleja de los sentidos con el tormento del que siente, y lo agita con errores; para que crea que esta es la primera especie, que es la más ínfima de todas, de la naturaleza corpórea, que la carne mal deleitada ha anunciado a través de los sentidos resbaladizos, para que cuando piensa algo, crea que entiende, engañado por las sombras de las fantasías. Pero si alguna vez, no teniendo íntegra la disciplina de la divina providencia, pero creyendo tenerla, intenta resistir a la carne; llega hasta las imágenes de las cosas visibles, y forma con falsa imaginación inmensos espacios de esta luz que ve circunscrita por ciertos límites: y se promete a sí mismo esta especie como futura habitación; ignorando que la concupiscencia de los ojos lo arrastra, y que quiere ir con este mundo fuera del mundo; que por eso no cree que sea él mismo, porque extiende la parte más clara de él por el infinito con falsa imaginación. Lo cual no solo puede hacerse de esta luz, sino también del agua, finalmente del vino, de la miel, del oro, de la plata, de las mismas pulpas, o sangre, o huesos de cualquier animal, y de otras cosas de este tipo. Pues no hay nada del cuerpo, que no pueda ser imaginado innumerablemente, o visto en un pequeño espacio pueda ser difundido por el infinito con la misma facultad de imaginar. Pero es muy fácil execrar la carne, pero muy difícil no pensar carnalmente.

CAPÍTULO XXI.---El alma es seducida, mientras persigue las fugaces bellezas de los cuerpos.

41. Por lo tanto, con esta perversidad del alma, que ocurre por el pecado y el castigo, toda la naturaleza corpórea se convierte en lo que se dice a través de Salomón: Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho obtiene el hombre de todo su trabajo con el que se afana bajo el sol (Ecles. I, 2, 3)? Pues no en vano se añade "de vanidades", porque si quitas a los vanidosos, que persiguen lo último como si fuera lo primero, el cuerpo no será vanidad; sino que en su género, aunque sea extremo, mostrará belleza sin error alguno. La diversidad de las formas temporales ha dispersado al hombre caído desde la unidad de Dios a través de los sentidos carnales, y ha multiplicado su afecto con una variedad mutable: así se ha convertido en una abundancia laboriosa y, si se puede decir, en una copiosa escasez, mientras sigue una cosa tras otra y nada permanece con él. Así, desde el tiempo del trigo, el vino y el aceite, ha sido multiplicado, para que no encuentre lo mismo (Salmo IV, 8, 9), es decir, la naturaleza inmutable y singular, que al seguirla no se equivoca, y al alcanzarla no se duele. Pues también tendrá la redención de su cuerpo (Rom. VIII, 23), que ya no se corromperá. Ahora bien, el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15), porque la belleza extrema de los cuerpos es arrastrada al orden de la sucesión. Pues es extrema porque no puede tenerlo todo al mismo tiempo; sino que mientras unas cosas ceden y otras suceden, completan el número de formas temporales en una sola belleza.

CAPÍTULO XXII.---La administración de las cosas transitorias solo desagrada a los impíos.

42. Y todo esto no es malo porque pase. Así como un verso es hermoso en su género, aunque dos sílabas no puedan pronunciarse al mismo tiempo. Pues la segunda no se enuncia si la primera no ha pasado; y así se llega al final por orden, de modo que cuando solo suena la última, aunque las anteriores no suenen con ella, sin embargo, completan la forma y el decoro métrico entrelazados con las pasadas. Sin embargo, el arte mismo con el que se fabrica el verso no está sujeto al tiempo de tal manera que su belleza se distribuya por medidas de pausas: sino que tiene simultáneamente todo lo que hace que el verso no tenga todo al mismo tiempo, sino que lo anterior quite lo posterior; sin embargo, es hermoso porque muestra las huellas extremas de aquella belleza que el arte mismo guarda constante e inmutablemente.

43. Así, como algunos perversos aman más el verso que el arte mismo con el que se confecciona el verso, porque se han entregado más a los oídos que a la inteligencia: así muchos aman las cosas temporales, pero no buscan la providencia divina, creadora y moderadora de los tiempos; y en ese amor a las cosas temporales no quieren que pase lo que aman, y son tan absurdos como si alguien en la recitación de un poema ilustre quisiera escuchar perpetuamente una sola sílaba. Pero no se encuentran tales oyentes de poemas; sin embargo, todo está lleno de tales evaluadores de cosas; porque no hay nadie que no pueda fácilmente escuchar no solo todo el verso, sino también todo el poema; pero ningún ser humano puede sentir todo el orden de los siglos. A esto se añade que no somos partes del poema, pero por condena nos hemos convertido en partes de los siglos. Por lo tanto, aquello se canta bajo nuestro juicio, pero esto se lleva a cabo con nuestro trabajo. Sin embargo, a ningún vencido le gustan los juegos agónicos, pero con su deshonra son decorosos: y esto también es una cierta imitación de la verdad. Y no se nos prohíben tales espectáculos por otra razón, sino para que, engañados por las sombras de las cosas, no nos desviemos de las mismas cosas de las que aquellas son sombras. Así, la condición y administración de este universo solo desagrada a las almas impías y condenadas; pero incluso con su miseria, agrada a muchos, ya sea victoriosos en la tierra o sin peligro contemplando en el cielo: pues nada justo desagrada al justo.

CAPÍTULO XXIII.---Toda sustancia es buena.

44. Por lo tanto, como toda alma racional es miserable por sus pecados o bienaventurada por sus buenas obras; y toda alma irracional cede al más poderoso, obedece al mejor, se compara con el igual, ejercita al que compite, o daña al condenado; y todo cuerpo sirve a su alma, tanto como se permite por sus méritos y por el orden de las cosas: no hay mal en la naturaleza universal, sino que el mal se hace por culpa de cada uno. Además, cuando el alma es regenerada por la gracia de Dios, y restaurada a su integridad, y sometida a aquel único por quien fue creada, y también el cuerpo restaurado a su firmeza original, no será poseída con el mundo, sino que comenzará a poseer el mundo, no habrá mal para ella: porque esta belleza inferior de las vicisitudes temporales, que se realizaba con ella, se realizará bajo ella; y habrá, como está escrito, un nuevo cielo y una nueva tierra (Isaías LXV, 17, y Apoc. XXI, 1), no en parte para las almas que trabajan, sino en la totalidad para las que reinan. Porque todo es vuestro, dice el Apóstol, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios (I Cor. III, 22): y, la cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo; y la cabeza de Cristo es Dios (Id. XI, 3). Por lo tanto, ya que el vicio del alma no es su naturaleza, sino contra su naturaleza, y no es otra cosa que el pecado y el castigo del pecado; de ahí se entiende que ninguna naturaleza, o si se dice mejor así, ninguna sustancia o esencia es mal. Ni de los pecados y sus castigos se hace que el universo se afee con alguna deformidad. Porque la sustancia racional, que está limpia de todo pecado, sujeta a Dios, domina sobre las demás que le están sujetas. Pero la que pecó, está ordenada donde conviene que estén tales, para que con Dios como creador y rector del universo, todo sea decoroso. Y la belleza de toda la creación es irreprochable por estas tres cosas; la condenación de los pecados, el ejercicio de los justos, la perfección de los bienaventurados.

CAPÍTULO XXIV.---Se consulta la salvación del hombre por dos vías, autoridad y razón: y primero se trata del auxilio de la autoridad hasta el capítulo 29.

45. Por lo tanto, la medicina del alma misma, que se lleva a cabo por la divina providencia y la inefable benevolencia, es gradualmente y distintamente hermosísima. Se distribuye en autoridad y razón. La autoridad exige fe, y prepara al hombre para la razón. La razón conduce al entendimiento y al conocimiento. Aunque la razón no abandona completamente la autoridad, cuando se considera a quién se debe creer; y ciertamente la autoridad de la verdad ya conocida y evidente es suprema. Pero como hemos caído en lo temporal, y el amor a estas cosas nos impide alcanzar las eternas, una cierta medicina temporal, que llama a la salvación no a los sabios, sino a los creyentes, no es anterior por naturaleza y excelencia, sino por el orden del tiempo. Pues en el lugar donde cada uno ha caído, allí debe esforzarse por levantarse. Por lo tanto, es necesario apoyarse en las formas carnales, por las que estamos retenidos, para conocer aquellas que la carne no anuncia. Pues llamo carnales a aquellas que pueden ser percibidas por la carne, es decir, por los ojos, los oídos y los demás sentidos del cuerpo. Por lo tanto, es necesario que los niños se adhieran a estas formas carnales o corporales con amor; casi necesario para los adolescentes; pero ya no es necesario a medida que avanza la edad.

CAPÍTULO XXV.---A qué hombres o libros se debe creer sobre el culto a Dios.

46. Por lo tanto, la divina providencia no solo cuida de los individuos como si fuera en privado, sino que también cuida del género humano en su conjunto como si fuera en público; lo que se hace con cada individuo, lo sabe Dios que lo hace y aquellos con quienes se hace. Pero lo que se hace con el género humano, quiso que se transmitiera por la historia y la

profecía. La fe en las cosas temporales, ya sean pasadas o futuras, vale más creyendo que entendiendo. Pero nos corresponde considerar a qué hombres o libros se debe creer para adorar correctamente a Dios, que es la única salvación. La primera discusión de este asunto es si debemos creer más bien a aquellos que nos llaman a muchos dioses, o a aquellos que nos llaman a adorar a un solo Dios. ¿Quién duda que se debe seguir principalmente a aquellos que llaman a uno, especialmente cuando aquellos que adoran a muchos, están de acuerdo sobre este único Señor y rector de todos? y ciertamente el número comienza por uno. Por lo tanto, deben seguirse primero aquellos que dicen que solo hay un Dios supremo, verdadero y digno de ser adorado. Si en ellos no resplandece la verdad, entonces se debe migrar. Pues así como en la misma naturaleza de las cosas la autoridad de uno que reduce todo a uno es mayor, y en el género humano no hay poder de multitud sino de consenso, es decir, de sentir uno: así en la religión, la autoridad de aquellos que llaman a uno debe ser mayor y más digna de fe.

47. La otra consideración es la disensión que ha surgido entre los hombres sobre el culto a un solo Dios. Pero hemos recibido que nuestros mayores, en ese grado de fe en el que se asciende de lo temporal a lo eterno, siguieron milagros visibles (pues de otro modo no podían) por los cuales se logró que no fueran necesarios para los posteriores. Pues cuando la Iglesia católica se ha difundido y establecido por todo el mundo, no se permitió que aquellos milagros duraran hasta nuestros tiempos, para que el ánimo no buscara siempre lo visible, y por la costumbre de ellos el género humano no se enfriara, que ardió con su novedad: y ya no debe sernos dudoso que se debe creer a aquellos que, al predicar lo que pocos alcanzan, sin embargo, pudieron persuadir a los pueblos para que los siguieran. Pues ahora se trata de a quién se debe creer, antes de que alguien sea idóneo para emprender la razón sobre las cosas divinas e invisibles; pues a la misma razón del alma más pura, que ha llegado a la verdad clara, de ningún modo se le antepone la autoridad humana: pero a esta ninguna soberbia conduce. Si no fuera así, no habría herejes, ni cismáticos, ni circuncidados en la carne, ni adoradores de criaturas e ídolos. Pero si no existieran antes de la perfección del pueblo que se promete, la verdad se buscaría mucho más lentamente.

CAPÍTULO XXVI.---La divina providencia respecto a nuestra salvación en las seis edades del hombre viejo y nuevo.

48. Por lo tanto, la dispensación temporal y la medicina de la divina providencia, respecto a aquellos que por el pecado merecieron la mortalidad, se transmite así. Primero se considera la naturaleza y la educación de cualquier hombre que nace. La primera edad de este es la infancia, que se pasa en los nutrientes corporales, completamente olvidable al crecer. A esta le sigue la niñez, desde donde comenzamos a recordar algo. A esta le sucede la adolescencia, a la que la naturaleza ya permite la procreación de la prole, y lo hace padre. Luego, la juventud sucede a la adolescencia, ya para ser ejercitada en los deberes públicos, y para ser domada bajo las leyes; en la cual la prohibición más vehemente de los pecados, y el castigo de los pecadores que coacciona servilmente, genera impulsos más atroces de lujuria en las almas carnales, y duplica todos los delitos cometidos. Pues no es un pecado simple cometer no solo el mal, sino también lo prohibido. Pero después de los trabajos de la juventud, se concede cierta paz al anciano. De ahí hasta la muerte, una edad más deteriorada y descolorida, y más sujeta a enfermedades y débil, lleva. Esta es la vida del hombre que vive del cuerpo, y atado a los deseos de las cosas temporales. Aquí se le llama hombre viejo, y exterior, y terrenal, incluso si obtiene lo que el vulgo llama felicidad, en una ciudad terrenal bien constituida, ya sea bajo reyes, o bajo príncipes, o bajo leyes, o bajo todos estos: pues de otro modo no puede constituirse bien un pueblo, incluso el que sigue lo terrenal; pues también este tiene un cierto modo de su propia belleza.

49. Sin embargo, algunos llevan a cabo todo este hombre, que hemos descrito como viejo, exterior y terrenal, ya sea moderado en su género, o incluso excediendo el modo de justicia servil, desde el comienzo de esta vida hasta su ocaso. Sin embargo, algunos comienzan necesariamente esta vida desde allí, pero renacen interiormente, y corrompen y matan las demás partes de ella con su propio vigor espiritual y con los incrementos de sabiduría, y las atan a las leyes celestiales, hasta que después de la muerte visible todo se restaure. Este se llama hombre nuevo, e interior, y celestial, teniendo también él, en proporción, no por años, sino por progresos, ciertas edades espirituales suyas. La primera en los pechos de la historia útil, que nutre con ejemplos. La segunda ya olvidando lo humano, y tendiendo a lo divino, en la cual no se contiene en el seno de la autoridad humana, sino que se apoya en la ley suprema e inmutable con pasos de razón. La tercera ya más confiada, y casando el apetito carnal con el vigor de la razón, y gozando interiormente en una cierta dulzura conyugal, cuando el alma se une a la mente, y se cubre con el velo del pudor, de modo que ya no se ve obligada a vivir rectamente, sino que aunque todos lo concedan, no le apetece pecar. La cuarta ya haciendo eso mismo mucho más firmemente y ordenadamente y brillando en un hombre perfecto, y apta e idónea para soportar y romper todas las persecuciones y tempestades y olas de este mundo. La quinta pacífica y completamente tranquila, viviendo en las riquezas y abundancia del reino inmutable de la suprema e inefable sabiduría. La sexta de toda mutación en la vida eterna, y hasta el total olvido de la vida temporal, pasando a la forma perfecta, que fue hecha a imagen y semejanza de Dios. Pues la séptima ya es el descanso eterno, y la bienaventuranza perpetua no distinguida por edades. Pues así como el fin del hombre viejo es la muerte, así el fin del hombre nuevo es la vida eterna. Pues aquel hombre es de pecado, este de justicia.

CAPÍTULO XXVII.---El curso de ambos hombres en el universo del género humano.

50. Así como estos dos son, sin duda alguna, de tal manera que uno de ellos, es decir, el viejo y terrenal, puede ser llevado por un solo hombre en toda esta vida, pero el nuevo y celestial nadie puede llevarlo en esta vida sino con el viejo; pues también es necesario que comience desde él, y hasta la muerte visible, aunque aquel disminuya, este progresa, perdure: así, en proporción, todo el género humano, cuya vida es como la de un solo hombre desde Adán hasta el fin de este siglo, se administra bajo las leyes de la divina providencia, de modo que aparece distribuido en dos géneros. En uno de los cuales está la multitud de los impíos, llevando la imagen del hombre terrenal desde el principio del siglo hasta el fin. En el otro, la serie del pueblo dedicado a un solo Dios, pero desde Adán hasta Juan el Bautista llevando la vida del hombre terrenal con una cierta justicia servil: cuya historia se llama Antiguo Testamento, como prometiendo un reino terrenal; que toda ella no es otra cosa que la imagen del nuevo pueblo, y del Nuevo Testamento prometiendo el reino de los cielos. La vida de este pueblo temporal comienza desde la venida del Señor en humildad, hasta el día del juicio, cuando vendrá en gloria. Después de ese juicio, con el hombre viejo extinguido, habrá aquella transformación que promete la vida angélica: Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51). Resucitará, por lo tanto, el pueblo piadoso, para transformar los restos de su hombre viejo en nuevo. Pero resucitará el pueblo impío, que desde el principio hasta el fin llevó al hombre viejo, para precipitarse en la segunda muerte. Los que leen diligentemente encuentran los artículos de las edades; ni temen la cizaña ni la paja. Pues el impío vive para el piadoso, y el pecador para el justo, para que por su comparación se levante más ágilmente, hasta que se perfeccione.

CAPÍTULO XXVIII.---Qué, a quiénes y de qué manera se debe enseñar.

51. Sin embargo, cualquiera que haya merecido llegar a la iluminación del hombre interior en los tiempos del pueblo terrenal, ayudó al género humano en su tiempo, exhibiéndole lo que esa edad requería, e intimando por profecía lo que no era oportuno exhibir: tales como se encuentran los Patriarcas y Profetas por aquellos que no saltan infantilmente, sino que tratan piadosa y diligentemente el buen y gran secreto de las cosas divinas y humanas. Lo cual también veo que se provee con la mayor cautela en los tiempos del nuevo pueblo, por los grandes y espirituales hombres, alumnos de la Iglesia católica: para que no hagan nada popularmente, que entienden que aún no es tiempo de hacer con el pueblo; vierten abundantemente a los más débiles y ávidos de leche, pero se alimentan con los sabios de alimentos más sólidos. Pues hablan sabiduría entre los perfectos, pero a los carnales y animales, aunque nuevos hombres, aún niños, les ocultan algunas cosas, pero no les mienten en nada. Pues no consultan sus vanos honores y alabanzas vacías; sino la utilidad de aquellos con quienes han merecido entrar en la sociedad de esta vida. Pues esta es la ley de la divina providencia, que nadie sea ayudado por los superiores para conocer y recibir la gracia de Dios, que no haya ayudado a los inferiores con el mismo afecto puro. Así, de nuestro pecado, que en el hombre pecador nuestra misma naturaleza cometió, y el género humano se convirtió en un gran adorno y ornamento de las tierras, y se administra tan decentemente por la procuración de la divina providencia, que el arte inefable de la medicina convierte la misma fealdad de los vicios en no sé qué belleza de su propio género.

CAPÍTULO XXIX.---Sobre el otro auxilio de la salvación, a saber, la razón; cómo con esta guía el hombre se eleva hacia Dios: primero se descubre que esta supera a los sentidos.

52. Y puesto que hemos hablado de los beneficios de la autoridad, tanto como en el presente ha parecido suficiente, veamos hasta dónde puede progresar la razón desde lo visible a lo invisible, y ascendiendo desde lo temporal a lo eterno. Pues no se debe contemplar en vano y sin propósito la belleza del cielo, el orden de los astros, el resplandor de la luz, las vicisitudes de los días y las noches, los ciclos mensuales de la luna, la cuadrifaria temperancia del año, congruente con los elementos cuatripartitos, tanta fuerza de las semillas, las especies y números de los que engendran, y todo en su género guardando su propio modo y naturaleza. En cuya consideración no se debe ejercitar una curiosidad vana y perecedera, sino hacer un paso hacia lo inmortal y siempre permanente. Pues lo más cercano es atender a cuál es esa naturaleza vital que siente todas estas cosas: que ciertamente, puesto que da vida al cuerpo, debe ser más excelente que él. Pues no se debe estimar en gran medida cualquier masa, aunque resplandezca con esta luz visible, si carece de vida. Pues cualquier sustancia viva se prefiere por la ley de la naturaleza a cualquier sustancia no viva.

53. Pero dado que nadie duda que los animales irracionales también viven y sienten, lo más excelente en el alma humana no es aquello por lo que siente lo sensible, sino aquello por lo que juzga lo sensible. Pues muchas bestias ven con más agudeza y tocan los cuerpos con más intensidad con los demás sentidos del cuerpo que los hombres: pero juzgar sobre los cuerpos no es solo propio de la vida sensitiva, sino también de la racional, de la cual carecen ellas y en la que nosotros sobresalimos. Ahora bien, es muy fácil ver que es más excelente quien juzga que aquello sobre lo que se juzga. No solo la vida racional juzga sobre lo sensible, sino también sobre los mismos sentidos; por qué el remo debe parecer quebrado en el agua cuando está recto, y por qué es necesario que se sienta así a través de los ojos: pues el mismo sentido de la vista puede informar de ello, pero de ninguna manera juzgar. Por lo tanto, es evidente que así como la vida sensitiva es superior al cuerpo, la racional lo es a ambas.

CAPÍTULO XXX.---Pero la razón es superada por la ley inmutable, es decir, la verdad según la cual juzga.

54. Así que si la vida racional juzga según sí misma, ya no hay naturaleza más excelente. Pero dado que es claro que es mutable, ya que a veces se encuentra experta y a veces inexperta; y juzga mejor cuanto más experta es; y es más experta cuanto más participa de algún arte, disciplina o sabiduría: se debe buscar la naturaleza del mismo arte. No quiero que ahora se entienda el arte que se nota por la experiencia, sino el que se investiga por el razonamiento. Pues, ¿qué cosa notable sabe quien sabe que con una mezcla de cal y arena las piedras se adhieren más firmemente que con lodo? o quien construye tan elegantemente que las partes múltiples se corresponden con las iguales; y las individuales ocupan el lugar medio? aunque este sentido ya esté más cercano a la razón y la verdad. Pero ciertamente se debe preguntar por qué nos molesta si dos ventanas no están colocadas una sobre otra, sino una al lado de la otra, y una de ellas es mayor o menor, cuando podrían ser iguales: si están una sobre otra, y ambas son desiguales por la mitad, esa desigualdad no molesta tanto; y por qué no nos importa mucho cuánto una de ellas sea mayor o menor, porque son dos. En tres, sin embargo, el sentido parece requerir que no sean desiguales, o que entre la mayor y la menor haya una media que preceda a la menor tanto como es precedida por la mayor. Así, primero se consulta como si fuera la misma naturaleza lo que aprueba. Aquí es especialmente notable cómo lo que solo al ser observado menos desagrada, se rechaza en comparación con algo mejor. Así se encuentra que el arte vulgar no es otra cosa que la memoria de cosas experimentadas y agradables, con un cierto uso del cuerpo y la operación adjunta: de lo cual si careces, puedes juzgar sobre las obras, lo cual es mucho más excelente, aunque no puedas operar artísticamente.

55. Pero dado que en todas las artes agrada la conveniencia, por la cual todas las cosas son seguras y bellas; y la misma conveniencia busca la igualdad y la unidad, ya sea por la similitud de las partes iguales, o por la gradación de las desiguales: ¿quién es el que encuentra la suma igualdad o similitud en los cuerpos, y se atreve a decir, cuando ha considerado diligentemente cualquier cuerpo, que es verdaderamente y simplemente uno; cuando todas las cosas cambian ya sea de especie en especie, o de lugar en lugar, y consisten en partes que ocupan sus lugares, por las cuales se dividen en diferentes espacios? Además, la verdadera igualdad y similitud, y la verdadera y primera unidad, no se contempla con los ojos carnales, ni con ningún sentido tal, sino que se ve con la mente entendida. Pues, ¿de dónde se buscaría cualquier tipo de igualdad en los cuerpos, o de dónde se convencería de que difiere mucho de la perfecta, si no se viera con la mente la que es perfecta? si, sin embargo, lo que no ha sido hecho debe llamarse perfecto.

56. Y dado que todas las cosas que son sensiblemente bellas, ya sean producidas por la naturaleza o elaboradas por las artes, son bellas en lugares y tiempos, como el cuerpo y el movimiento del cuerpo; esa igualdad y unidad conocida solo por la mente, según la cual se juzga sobre la belleza corpórea con el sentido como intermediario, no está hinchada por el lugar, ni es inestable por el tiempo. Pues no se puede decir correctamente que según ella se juzga el círculo de un cántaro, y no según ella el círculo de un vaso; o según ella el círculo de un vaso, y no según ella el círculo de una moneda. De manera similar, en los tiempos y en los movimientos de los cuerpos, es ridículo decir que según ella se juzgan los años iguales, y no según ella los meses iguales; o según ella los meses iguales, y no según ella los días iguales. Pero ya sea que algo se mueva convenientemente a través de estos espacios, o a través de horas, o a través de momentos más breves, se juzga con la misma única e inmutable igualdad. Si los espacios menores y mayores de las figuras y movimientos se juzgan según la misma ley de paridad, o similitud, o congruencia, la misma ley es mayor que todos estos, pero en

potencia. Sin embargo, en espacio de lugar o tiempo, ni mayor ni menor: porque si fuera mayor, no juzgaríamos los menores según toda ella; si fuera menor, no juzgaríamos los mayores según ella. Ahora bien, cuando según toda la ley de la cuadratura se juzga tanto el foro cuadrado, como la piedra cuadrada, y la tabla y la gema cuadrada; nuevamente según toda la ley de la igualdad se juzga que los movimientos de los pies de la hormiga corriendo, y según ella del elefante caminando, se corresponden: ¿quién duda que no es mayor ni menor en los intervalos de lugares y tiempos, cuando en potencia supera todo? Esta ley de todas las artes, siendo completamente inmutable, y la mente humana a la que se le ha concedido ver tal ley, puede sufrir la mutabilidad del error, es evidente que la ley que se llama verdad está por encima de nuestra mente.

CAPÍTULO XXXI.---Dios es esa ley suprema según la cual la razón juzga, pero que no se puede juzgar.

57. Ya no se debe dudar de que la naturaleza inmutable, que está por encima del alma racional, es Dios; y que allí está la primera vida y la primera esencia, donde está la primera sabiduría. Pues esta es la inmutable verdad, que se dice correctamente la ley de todas las artes, y el arte del omnipotente artífice. Así que cuando el alma se siente a sí misma juzgando la forma y el movimiento de los cuerpos no según sí misma, debe reconocer al mismo tiempo que su naturaleza es superior a la naturaleza sobre la que juzga; pero que esa naturaleza, según la cual juzga y sobre la cual de ninguna manera puede juzgar, es superior a ella. Pues puedo decir por qué los miembros de cada cuerpo deben corresponderse con igualdad de ambos lados; porque me deleito en la suma igualdad, que contemplo no con los ojos del cuerpo, sino con la mente: por lo cual juzgo que las cosas que veo con los ojos son tanto mejores cuanto más cercanas están a aquellas que entiendo con el alma. Pero por qué son así, nadie puede decir: ni nadie dirá sobriamente que deben ser así, como si pudieran no serlo.

58. Y por qué nos agradan, y por qué las amamos vehementemente cuando somos más sabios, tampoco nadie, si las entiende correctamente, se atreverá a decir. Pues así como nosotros y todas las almas racionales juzgamos correctamente sobre las cosas inferiores según la verdad; así sobre nosotros, cuando nos adherimos a ella, solo la misma Verdad juzga. Pero sobre ella ni el Padre, pues no es menor que él, y por eso lo que el Padre juzga, lo juzga a través de ella. Pues todas las cosas que buscan la unidad, tienen esta regla, o forma, o ejemplo, o si se deja decir con alguna otra palabra; ya que solo ella ha llenado la semejanza de aquel de quien ha recibido el ser: si, sin embargo, se dice correctamente que ha recibido, en el sentido en que se llama Hijo, porque no es de sí mismo, sino del primer y supremo principio, que se llama Padre; de quien toda paternidad en el cielo y en la tierra es nombrada (Efesios III, 15). Por lo tanto, el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo (Juan V, 22): y, el hombre espiritual juzga todas las cosas, pero él mismo no es juzgado por nadie (1 Corintios II, 15), es decir, por ningún hombre, sino solo por la misma ley según la cual juzga todas las cosas; porque también se ha dicho muy verdaderamente, Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo (2 Corintios V, 10). Por lo tanto, juzga todas las cosas, porque está sobre todas las cosas, cuando está con Dios. Pero está con él cuando entiende puramente, y con todo amor, lo que entiende, ama. Así también, en la medida de lo posible, él mismo se convierte en la ley según la cual juzga todas las cosas, y sobre la cual nadie puede juzgar. Así como en estas leyes temporales, aunque los hombres juzgan sobre ellas cuando las instituyen, sin embargo, cuando han sido instituidas y firmadas, no se permitirá al juez juzgar sobre ellas, sino según ellas. Sin embargo, el legislador de las leyes temporales, si es un hombre bueno y sabio, consulta esa misma eterna, sobre la cual no se ha dado a ninguna alma juzgar; para que según sus inmutables reglas, discierna qué debe ordenarse o prohibirse según el tiempo. Por lo tanto, es lícito para las almas puras conocer la ley eterna, pero no juzgarla. Sin

embargo, esto es lo que importa, que para conocer basta con ver que algo es así o no es así: pero para juzgar añadimos algo por lo cual significamos que podría ser de otra manera; como cuando decimos, Así debe ser, o, así debió ser, o, así deberá ser; como hacen los artesanos en sus obras.

CAPÍTULO XXXII.---La unidad en los cuerpos es un vestigio, pero la misma unidad solo se contempla con la mente.

59. Pero para muchos, el deleite humano es el fin, y no quieren tender hacia lo superior, para juzgar por qué agradan estas cosas visibles. Así que si pregunto al artesano, después de construir un arco, por qué construye otro igual en el lado opuesto; responderá, creo, para que las partes del edificio se correspondan iguales con iguales. Pero si continúo preguntando por qué elige eso; dirá que es decoroso, que es bello, que deleita a los que lo ven: no se atreverá a decir más. Pues inclinado, se apoya en los ojos, y no entiende de dónde pende. Pero yo, a un hombre con ojos internos, y que ve invisiblemente, no dejaré de recordarle por qué agradan estas cosas, para que se atreva a ser juez del mismo deleite humano. Pues así se eleva sobre él, y no es retenido por él, mientras no juzga según él, sino a él mismo. Y primero preguntaré si son bellas porque deleitan; o si deleitan porque son bellas. Aquí se me responderá sin duda, que deleitan porque son bellas. Preguntaré entonces, por qué son bellas; y si se titubea, sugeriré, si es porque las partes son semejantes entre sí, y se reducen a una conveniencia por alguna unión.

60. Cuando se haya comprobado que esto es así, preguntaré si esta misma unidad, que se demuestra que buscan, la cumplen plenamente, o si yacen muy por debajo de ella, y de alguna manera la imitan. Pues si la alcanzaran, llenarían lo que imitan. Pero si la llenaran, serían completamente semejantes. Si fueran completamente semejantes, no habría diferencia entre esa naturaleza y esta. Pero si así fuera, no la imitarían: pues serían lo que ella es. Sin embargo, no mienten a los que consideran más diligentemente: porque miente aquel que quiere parecer lo que no es; pero lo que sin querer se piensa que es otra cosa de lo que es, no miente, sino que solo engaña. Pues así se distingue el que miente del que engaña, que en todo el que miente hay voluntad de engañar, aunque no se le crea: pero no puede haber quien engañe, que no engañe. Por lo tanto, la especie corpórea, porque no tiene voluntad, no miente: si tampoco se piensa que es lo que no es, tampoco engaña.

61. Pero tampoco los ojos engañan; pues no pueden informar al alma sino de su propia afección. Y si no solo ellos, sino también todos los sentidos del cuerpo informan de cómo son afectados; no sé qué más deberíamos exigirles. Así que quita a los que se vanaglorian, y no habrá vanidad. Si alguien piensa que el remo se quiebra en el agua, y cuando se saca de allí se endereza; no tiene un mal mensajero, sino que es un mal juez. Pues aquel según su naturaleza no pudo sentir de otra manera en el agua, ni debió hacerlo: pues si el aire es una cosa, y el agua otra, es justo que se sienta de una manera en el aire, y de otra en el agua. Por lo tanto, el ojo correctamente; pues para eso fue hecho, para ver tanto: pero el alma incorrectamente, a la cual para contemplar la suma belleza fue hecha la mente, no el ojo. Pero él quiere convertir la mente hacia los cuerpos, y los ojos hacia Dios. Pues busca entender las cosas carnales, y ver las espirituales; lo cual no puede ser.

CAPÍTULO XXXIV.---Cómo se juzgan las fantasías ficticias.

63. Por lo tanto, esta perversidad debe corregirse, porque a menos que haga lo que está arriba abajo, y lo que está abajo arriba, no será apto para el reino de los cielos. No busquemos, por lo tanto, lo supremo en lo más bajo, ni nos aferremos a lo más bajo. Juzguemos sobre ellas,

para que no seamos juzgados con ellas; es decir, démosles tanto como merece la especie extrema, para que cuando busquemos lo primero en lo último, no seamos contados entre lo último por lo primero. Lo cual no perjudica en nada a los últimos, pero nos perjudica mucho a nosotros. Ni por eso la administración de la providencia divina se hace menos decorosa; porque tanto los injustos son ordenados justamente, como los feos bellamente. Y si por eso nos engaña la belleza de las cosas visibles, porque está contenida por la unidad, y no llena la unidad; entendamos, si podemos, que no nos engaña por lo que es, sino por lo que no es. Pues todo cuerpo es verdaderamente cuerpo, pero falsa unidad. Pues no es sumamente uno, ni lo imita tanto como para llenarlo: y sin embargo, tampoco sería cuerpo, si no fuera de alguna manera uno. Pero no podría ser de alguna manera uno, si no lo tuviera de aquel que es sumamente uno.

64. Oh almas obstinadas, dadme a quien vea sin ninguna imaginación de las cosas vistas carnales. Dadme a quien vea el principio de toda unidad no ser, sino uno solo de quien es todo uno, ya sea que lo llene o no lo llene. Dadme a quien vea, no a quien litigue, no a quien quiera parecer que ve lo que no ve. Dadme a quien resista a los sentidos de la carne, y a las heridas que ha recibido en el alma a través de ellos: a quien resista a la costumbre de los hombres, resista a las alabanzas de los hombres, a quien se compunga en su lecho, a quien esculpa de nuevo su espíritu, a quien no ame vanidades externamente, y busque mentiras (Salmo IV, 3, 4); a quien ya sepa decirse a sí mismo: Si hay una sola Roma, que alrededor del Tíber no sé quién se dice que fundó, es falsa esta que imaginando formo: pues no es ella, ni estoy allí con el alma; pues si supiera lo que allí se hace ahora, ciertamente lo sabría. Si hay un solo sol, es falso este que imaginando formo: pues aquel recorre sus cursos en lugares y tiempos ciertos; este lo coloco donde quiero, y cuando quiero. Si hay un solo amigo mío, es falso este que imaginando formo: pues no sé dónde está aquel; este se imagina donde quiero. Yo mismo ciertamente soy uno, y siento que mi cuerpo está en este lugar; y sin embargo, con el figmento de la imaginación voy a donde quiero, hablo con quien quiero. Estas cosas son falsas; ni nadie entiende que son falsas. No entiendo, por lo tanto, cuando contemplo estas cosas, y creo en ellas; porque lo que contemplo con el intelecto debe ser verdadero: ¿acaso son estas cosas que suelen llamarse fantasmas? ¿De dónde, entonces, está llena mi alma de ilusiones? ¿Dónde está la verdad, que se contempla con la mente? Así que al que ya piensa se le puede decir: Esa luz es verdadera por la cual conoces que estas cosas no son verdaderas. Por esta vez aquella unidad, por la cual juzgas que es uno cualquier cosa que ves, y sin embargo no es eso lo que aquello es, cualquier cosa mutable que ves.

CAPÍTULO XXXV.---Es necesario vacar para que Dios sea conocido.

65. Si la mirada de la mente tiembla al contemplar estas cosas, deteneos; no luchéis, salvo contra la costumbre de los cuerpos: vencedla, y todo estará vencido. Ciertamente buscamos una cosa, que es la más simple de todas. Por tanto, busquémosla con sencillez de corazón. "Haced silencio", dice, "y reconoced que yo soy el Señor" (Salmo 45, 11): no un silencio de pereza, sino un silencio de pensamiento, para estar libres de lugares y tiempos. Pues estas fantasías de orgullo y volubilidad no permiten ver la unidad constante. Los lugares ofrecen lo que amamos, los tiempos arrebatan lo que amamos, y dejan en el alma multitudes de fantasmas, que incitan el deseo de una cosa a otra. Así el alma se vuelve inquieta y afligida, deseando en vano retener lo que la retiene. Por tanto, se le llama al silencio, es decir, a no amar aquellas cosas que no pueden ser amadas sin esfuerzo. Pues así las dominará, así no será retenida, sino que retendrá. "Mi yugo", dice, "es suave" (Mateo 11, 30). Quien está sujeto a este yugo, tiene todo lo demás sujeto. No trabajará, pues no resiste lo que está sujeto. Pero los miserables amigos de este mundo, de quienes serán señores si quieren ser hijos de Dios, ya

que les dio el poder de convertirse en hijos de Dios (Juan 1, 12); estos amigos del mundo temen tanto separarse de su abrazo, que nada les resulta más laborioso que no trabajar.

CAPÍTULO XXXVI.---La Palabra de Dios es la verdad misma, porque cumple completamente aquello de lo que todo lo que es uno tiene su principio. La falsedad no proviene de las cosas, sino de los pecados.

66. Pero para quien al menos esto es evidente, que la falsedad es aquello por lo cual se cree que es lo que no es, entiende que es la verdad la que muestra lo que es. Pero si los cuerpos engañan en la medida en que no cumplen con aquella unidad que se demuestra que imitan, de la cual todo lo que es uno tiene su principio, a cuya semejanza todo lo que se esfuerza naturalmente aprobamos; porque naturalmente desaprobamos todo lo que se aparta de la unidad y tiende a su disimilitud: se da a entender que hay algo que es tan semejante a esa única cosa de la cual todo lo que de alguna manera es uno tiene su principio, que lo cumple completamente y es eso mismo; y esta es la Verdad y la Palabra en el Principio, y la Palabra es Dios con Dios. Pues si la falsedad proviene de aquellas cosas que imitan la unidad, no en cuanto la imitan, sino en cuanto no pueden cumplirla; esa es la Verdad que pudo cumplirla, y ser lo que es aquello; ella es la que lo muestra tal como es: por lo cual se dice con toda propiedad que es su Palabra y su Luz (Juan 1, 9). Las demás cosas pueden decirse semejantes a esa única cosa en cuanto son, pues en tanto son verdaderas: pero esta es su semejanza misma, y por eso es Verdad. Pues así como por la verdad son verdaderas las cosas que son verdaderas; así por la semejanza son semejantes las cosas que son semejantes. Así como la verdad es la forma de las cosas verdaderas, así la semejanza es la forma de las cosas semejantes. Por tanto, las cosas verdaderas son verdaderas en la medida en que son; y son en la medida en que son semejantes a la principal unidad: esa forma es de todas las cosas que son, que es la suma semejanza del Principio; y es Verdad, porque es sin ninguna disimilitud.

67. De donde surge la falsedad, no de las cosas mismas que engañan, que no muestran al que siente otra cosa que su propia apariencia, que han recibido según el grado de su belleza; ni de los mismos sentidos que, afectados según la naturaleza de su cuerpo, no anuncian al alma que preside otra cosa que sus propias afecciones: sino que los pecados engañan a las almas, cuando buscan la verdad, habiendo dejado y descuidado la verdad. Pues como amaron más las obras que al artífice y al mismo arte, son castigados con este error, que buscan al artífice y al arte en las obras; y cuando no pueden encontrarlo (pues Dios no está sujeto a los sentidos corporales, sino que sobrepasa a la misma mente), creen que las mismas obras son el arte y el artífice.

CAPÍTULO XXXVII.---La impiedad de la idolatría múltiple surge del amor a la criatura.

68. De aquí surge toda impiedad, no solo de los pecadores, sino también de los condenados por sus pecados. Pues no solo quieren investigar la criatura contra el mandato de Dios, y disfrutar de ella más que de la misma ley y verdad, lo cual se descubre como el pecado del primer hombre, usando mal el libre albedrío; sino que también añaden esto en la misma condenación, que no solo aman, sino que también sirven a la criatura más que al Creador (Romanos 1, 25), y la adoran a través de sus partes, descendiendo desde las más altas hasta las más bajas. Pero algunos se mantienen en esto, que por el sumo Dios adoran al alma, y a la primera criatura intelectual, que el Padre fabricó por la Verdad, para contemplar siempre a la misma Verdad, y a sí misma por ella, porque de todos modos es muy semejante a ella. Luego descienden a la vida generativa, por la cual el Dios eterno e inmutable obra las criaturas visibles y temporales que engendran. De aquí se deslizan a adorar a los animales, y de allí a los mismos cuerpos; y en estos primero eligen los más bellos, en los cuales los celestiales

sobresalen principalmente. Por tanto, en primer lugar se presenta el cuerpo del sol, y en él algunos permanecen. Algunos también consideran digno de religión el esplendor de la luna: pues se dice que está más cerca de nosotros, por lo cual se siente que tiene una apariencia más cercana. Otros también añaden los cuerpos de las demás estrellas, y todo el cielo con sus estrellas. Algunos unen el aire al cielo etéreo, y a estos dos elementos corporales superiores someten sus almas. Pero entre estos, aquellos que creen que todo el universo, es decir, el mundo entero con todo lo que hay en él, y la vida por la cual se respira y se anima, que algunos creen que es corpórea, otros incorpórea: todo esto junto es un gran Dios, cuyas partes son las demás. Pues no conocen al autor y creador de toda la criatura. De ahí se precipitan en los ídolos, y se hunden desde las obras de Dios hasta sus propias obras, que sin embargo aún son visibles.

CAPÍTULO XXXVIII.---Otro género de idolatría, en el que el pecador sirve a una triple codicia.

69. Hay otro culto de ídolos más deteriorado e inferior, en el que adoran sus propias fantasías, y todo lo que con un alma errante han imaginado con orgullo o vanidad, lo observan en nombre de la religión, hasta que en el alma se hace que nada debe ser adorado, y que los hombres que se envuelven en la superstición y se implican en una miserable servidumbre están errados. Pero en vano sienten esto: pues no logran no servir; permanecen los mismos vicios, por los cuales fueron atraídos a pensar que esas cosas debían ser adoradas. Pues sirven a la triple codicia, ya sea de placer, de excelencia, o de espectáculo. Niego que haya alguno de estos que piense que nada debe ser adorado, que no esté sometido a los placeres carnales, o fomente un poder vano, o se vuelva loco deleitándose con algún espectáculo. Así, sin saberlo, aman las cosas temporales, esperando de ellas la bienaventuranza. Pero es necesario que sirvan a aquellas cosas por las cuales quieren ser bienaventurados, quieran o no. Pues a dondequiera que los lleven, los siguen; y temen a cualquiera que parezca poder quitárselas. Pero estas cosas pueden ser quitadas por una chispa de fuego o por algún pequeño animal. Finalmente, para omitir innumerables adversidades, el mismo tiempo necesariamente quita todas las cosas pasajeras. Por tanto, como este mundo encierra todas las cosas temporales, sirven a todas las partes del mundo, quienes por eso piensan que nada debe ser adorado para no servir.

70. Sin embargo, aunque yacen miserables en este extremo de las cosas, permitiendo que sus vicios los dominen, condenados ya sea por lujuria, orgullo o curiosidad, o por dos de estos, o por todos: mientras estén en este estadio de la vida humana, les es lícito luchar y vencer, si primero creen lo que aún no pueden entender, y no aman el mundo; porque todo lo que hay en el mundo, como se ha dicho divinamente, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo (1 Juan 2, 16). De este modo se han señalado esas tres cosas: pues la concupiscencia de la carne significa a los amantes del placer más bajo; la concupiscencia de los ojos, a los curiosos; la ambición del siglo, a los soberbios.

71. También se mostró que hay una triple tentación en el hombre, que la misma Verdad asumió, que debe ser evitada. "Di", dice el tentador, "a estas piedras que se conviertan en panes". Pero aquel único y solo maestro respondió: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios". Así enseñó que la codicia del placer debe ser domada, de modo que ni siquiera al hambre se debe ceder. Pero tal vez podría ser engañado por el orgullo de la dominación temporal, quien no pudo serlo por el placer de la carne; por tanto, se le mostraron todos los reinos del mundo, y se le dijo: "Todo esto te daré, si postrado me adoras". A lo que respondió: "Al Señor tu Dios adorarás, y solo a Él servirás". Así se pisoteó la soberbia. También se sometió la última atracción de la curiosidad: pues no lo urgía a precipitarse desde

el pináculo del templo sino por el mero deseo de experimentar algo. Pero tampoco aquí fue vencido, y por eso respondió de tal manera que entendamos que no es necesario para conocer a Dios intentar explorar divinamente con tentaciones visibles: "No tentarás al Señor tu Dios" (Mateo 4, 1-10, y Lucas 4, 2-12). Por tanto, quien se alimenta interiormente de la palabra de Dios, no busca en este desierto el placer. Quien está sujeto solo a Dios, no busca en el monte, es decir, en la elevación terrenal, la jactancia. Quien se adhiere al espectáculo eterno de la verdad inmutable, no se precipita por el pináculo de este cuerpo, es decir, por estos ojos, para conocer las cosas temporales e inferiores.

CAPÍTULO XXXIX.---El alma es advertida por sus propios vicios para buscar la primera belleza: lo cual se muestra primero sobre el vicio del placer hasta el capítulo 43.

72. ¿Qué queda, entonces, de lo que el alma no pueda recordar la primera belleza que dejó, cuando puede hacerlo incluso de sus propios vicios? Pues así la Sabiduría de Dios se extiende con fuerza de un extremo al otro (Sabiduría 8, 1). Así el supremo artífice ordenó sus obras en un solo fin de belleza. Así esa bondad, desde lo más alto hasta lo más bajo, no envidió ninguna belleza que pudiera existir solo por Él; para que nadie sea apartado de la misma verdad, quien no sea recibido por alguna imagen de la verdad. Busca en el placer del cuerpo qué lo retiene, no encontrarás otra cosa que la conveniencia: pues si las resistencias producen dolor, las conveniencias producen placer. Reconoce, entonces, cuál es la suma conveniencia. No salgas fuera, vuelve a ti mismo; en el hombre interior habita la verdad; y si encuentras que tu naturaleza es mutable, trasciéndete a ti mismo. Pero recuerda que cuando te trasciendes, trasciendes al alma que razona. Por tanto, tiende hacia allí, de donde se enciende la misma luz de la razón. Pues ¿a dónde llega todo buen razonador, sino a la verdad? ya que la verdad no llega a sí misma razonando, sino que es lo que los que razonan desean. Ve allí la conveniencia que no puede ser superior, y concuerda con ella. Confiesa que no eres lo que ella es: pues ella no se busca a sí misma; pero tú has llegado a ella buscando, no por el espacio de los lugares, sino por el afecto de la mente, para que el mismo hombre interior, con su habitante, no con un placer ínfimo y carnal, sino con el más alto y espiritual, concuerde.

73. O si no ves lo que digo, y dudas si son verdaderas, al menos ve si no dudas de que dudas de ellas; y si es cierto que eres dudante, busca de dónde es cierto: no te aparecerá allí, no en absoluto, la luz de este sol, sino la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9). Que no puede ser vista con estos ojos; ni con aquellos con los que se piensan las fantasías, impactadas en los mismos ojos del alma; sino con aquellos con los que a las mismas fantasías se les dice: No sois vosotros lo que busco, ni sois aquello de donde os ordeno; y lo que me aparece feo entre vosotros, lo desapruebo; lo que es hermoso, lo apruebo; siendo más hermoso aquello de donde desapruebo y apruebo: por lo cual apruebo más esto mismo, y no solo a vosotros, sino a todos aquellos cuerpos de donde os extraje, lo antepongo. Luego concibe la misma regla que ves de este modo: Todo el que se entiende a sí mismo dudando, entiende la verdad, y está seguro de esta cosa que entiende: por tanto, está seguro de la verdad. Por tanto, todo el que duda si hay verdad, tiene en sí mismo lo verdadero de lo que no duda; y ninguna cosa es verdadera sino por la verdad. Por tanto, no debe dudar de la verdad quien pudo dudar de cualquier cosa. Donde se ven estas cosas, allí está la luz sin espacio de lugares y tiempos, y sin ninguna fantasía de tales espacios. ¿Acaso estas cosas pueden corromperse de alguna manera, incluso si todo razonador perece, o envejece entre los carnales infernos? Pues la razón no hace tales cosas, sino que las encuentra. Por tanto, antes de que se encuentren, permanecen en sí mismas, y cuando se encuentran, nos renuevan.

CAPÍTULO XL.---Sobre la belleza de los cuerpos y el placer de la carne, y sobre el castigo de los pecadores.

74. Así renace el hombre interior, y el exterior se corrompe día a día (2 Corintios 4, 16). Pero el interior mira al exterior, y en su comparación lo ve feo; sin embargo, en su propio género lo ve hermoso y gozando de la conveniencia de los cuerpos, y corrompiendo lo que convierte en su bien, es decir, los alimentos de la carne: que sin embargo, corrompidos, es decir, perdiendo su forma, migran a la estructura de estos miembros visibles, y los corrompidos los restauran, pasando a otra forma por conveniencia; y por el movimiento vital se juzgan de alguna manera, para que de ellos se asuman los que son aptos para la estructura de esta belleza visible, y los que no son aptos se expulsan por conductos adecuados. De los cuales, uno se devuelve a la tierra como lo más impuro para ser asumido en otras formas, otro exhala por todo el cuerpo, otro recibe los números ocultos de todo el animal, y se inicia en la prole, y ya sea por la conveniencia de dos cuerpos, o por alguna fantasía tal, movido, fluye desde la misma cima hacia lo más bajo en el placer más ínfimo. Ahora bien, en la madre, por ciertos números de tiempos, se adapta al número de lugares, para que cada miembro ocupe sus regiones; y si guardan la medida de la paridad, con la luz del color añadida, nace un cuerpo que se llama hermoso, y es amado intensamente por sus amantes: sin embargo, en él no agrada más la forma que se mueve, que la vida que mueve. Pues si ese animal nos ama, nos atrae más violentamente: pero si nos odia, nos enojamos, y no podemos soportarlo, aunque ofrezca la misma forma al que disfruta. Este es todo el reino del placer, y la belleza más baja; pues está sujeta a la corrupción: si no fuera así, se consideraría la más alta.

75. Pero está presente la divina providencia, que muestra esto no como malo, por tan manifiestas huellas de los primeros números, en los cuales no hay número de la sabiduría de Dios; y sin embargo, que es lo más bajo, mezclándole dolores y enfermedades y distorsiones de los miembros, y tinieblas de color, y disensiones y discordias de los ánimos, para que seamos advertidos de buscar algo inmutable. Y esto lo hace por ministerios ínfimos, a los cuales es placer hacer esto; a quienes las Escrituras divinas llaman exterminadores y ángeles de ira, aunque ellos mismos no saben qué bien se hace de ellos. A estos son semejantes los hombres que se alegran con las miserias ajenas, y se proporcionan a sí mismos risas y espectáculos de diversión, o quieren que se les proporcionen con las ruinas y errores de otros. Y así en todas estas cosas los buenos son advertidos, y ejercitados, y vencen, y triunfan, y reinan. Los malos, en cambio, son engañados, atormentados, vencidos, condenados, y sirven; no al único Señor supremo de todos, sino a los últimos siervos, es decir, a aquellos ángeles que se alimentan de los dolores y miserias de los condenados, y por esta malevolencia son atormentados con la liberación de los buenos.

76. Así se ordenan todos en sus oficios y fines en la belleza del universo, de modo que lo que aborrecemos en parte, si lo consideramos con el todo, nos agrada mucho: porque ni al juzgar un edificio debemos considerar solo un ángulo, ni en un hombre hermoso solo los cabellos, ni en quien pronuncia bien solo el movimiento de los dedos, ni en el curso de la luna solo algunas figuras de tres días. Pues estas cosas, que por eso son ínfimas, porque son perfectas en su totalidad con partes imperfectas, ya sea que se sientan hermosas en estado o en movimiento, deben considerarse en su totalidad, si queremos juzgar correctamente. Pues nuestro juicio verdadero, ya sea que juzgue sobre el todo o sobre la parte, es hermoso: pues se eleva sobre todo el mundo, y no nos adherimos a ninguna parte de él, en cuanto juzgamos verdaderamente. Pero nuestro error, adherido a una parte de él, es feo por sí mismo. Pero así como el color negro en una pintura se vuelve hermoso con el todo; así la divina providencia inmutable produce este combate de manera decorosa, otorgando algo a los vencidos, algo a los que luchan, algo a los vencedores, algo a los espectadores, algo a los que están en reposo y solo contemplan a Dios: pues en todas estas cosas no hay mal sino el pecado, y la pena del pecado, es decir, el defecto voluntario de la suma esencia, y el trabajo en lo último no

voluntario; lo cual de otro modo puede decirse así, libertad de la justicia, y servidumbre bajo el pecado.

CAPÍTULO XLI.---En el castigo del alma pecadora hay belleza.

77. El hombre exterior se corrompe ya sea por el progreso del interior o por su propio defecto. Pero se corrompe por el progreso del interior de tal manera que todo se reforma para mejor y se restaura íntegramente en la última trompeta, de modo que ya no se corrompa ni corrompa. Sin embargo, por su propio defecto, se precipita en bellezas más corruptibles, es decir, en el orden de los castigos. No nos asombremos de que aún las llame bellezas: pues nada está ordenado que no sea hermoso; y, como dice el Apóstol, todo orden proviene de Dios (Rom. XIII, 1). Es necesario admitir que es mejor un hombre llorando que un gusano alegre; y, sin embargo, puedo alabar abundantemente al gusano sin ninguna mentira, considerando el brillo del color, la forma redondeada del cuerpo, la congruencia de las partes anteriores con las medias, las medias con las posteriores, y el deseo de unidad que mantiene según la humildad de su naturaleza; nada está formado de un lado que no corresponda con igual dimensión del otro. ¿Qué puedo decir ya del alma misma que vivifica la medida de su cuerpo, cómo lo mueve con precisión, cómo busca lo conveniente, cómo vence o evita lo que se opone en la medida de lo posible, y refiriendo todo a un sentido de integridad, insinúa mucho más evidentemente que el cuerpo esa unidad creadora de todas las naturalezas? Hablo de un gusano animado cualquiera. Muchos han hablado muy veraz y abundantemente en alabanza de la ceniza y el estiércol (Cato apud Ciceronem, en Catone majore). ¿Qué, pues, es de extrañar si digo que el alma del hombre, que dondequiera que esté y sea como sea, es mejor que cualquier cuerpo, está bellamente ordenada, y que de sus penas surgen otras bellezas, ya que no está donde es miserable, donde corresponde estar a los bienaventurados, sino donde corresponde estar a los miserables?

78. Nadie nos engañe. Todo lo que se critica correctamente, se rechaza en comparación con algo mejor. Sin embargo, toda naturaleza, por extrema e ínfima que sea, se alaba justamente en comparación con la nada. Y entonces no está bien para cualquiera si puede estar mejor. Por lo tanto, si podemos estar bien con la misma verdad, estamos mal con cualquier vestigio de verdad: mucho peor, entonces, con la extremidad del vestigio, cuando nos adherimos a los placeres de la carne. Venzamos, pues, las seducciones o molestias de este deseo; sometamos a esta mujer si somos hombres. Con nosotros como guías, ella también será mejor, y ya no se llamará deseo, sino templanza. Pues cuando ella guía y nosotros seguimos, se nos llama deseo y lujuria, y a nosotros temeridad y estupidez. Sigamos a Cristo, nuestra cabeza, para que también nos siga quien es nuestra cabeza. Esto también puede ser ordenado a las mujeres, no por derecho marital, sino fraternal; por el cual en Cristo no somos ni masculino ni femenino. Pues ellas también tienen algo viril con lo que subyugar los placeres femeninos, con lo que servir a Cristo y gobernar el deseo. Esto es evidente en muchas viudas y vírgenes de Dios, y también en muchas casadas, pero que ya guardan los derechos conyugales fraternalmente, por la disposición del pueblo cristiano. Pero si de esa parte que Dios nos manda dominar, y para que seamos restituidos a nuestra posesión, nos exhorta y ayuda: si, pues, por negligencia e impiedad el hombre, es decir, la mente y la razón, se somete, será ciertamente un hombre vil y miserable; pero está destinado en esta vida, y después de esta vida se ordena, a donde el supremo rector y Señor juzga que debe ser destinado y ordenado. Por lo tanto, no se permite que toda la creación se manche con ninguna fealdad.

CAPÍTULO XLII.---El placer de la carne nos advierte que busquemos números indivisibles. Si tales existen en algún movimiento vital.

79. Caminemos, pues, mientras tenemos el día, es decir, mientras podemos usar la razón, para que, convertidos a Dios, merezcamos ser iluminados por su Verbo, que es la verdadera luz, no sea que las tinieblas nos alcancen (Juan XII, 35). Pues el día es la presencia de aquella luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Id. I, 9). Dijo hombre, porque puede usar la razón, y donde cayó, allí debe esforzarse por levantarse. Si, pues, se ama el placer de la carne, que se considere con más atención; y cuando allí se reconozcan vestigios de ciertos números, se debe buscar dónde están sin hinchazón. Pues allí es más uno lo que es. Y si tales son en el mismo movimiento vital, que opera en las semillas, son más admirables allí que en el cuerpo. Pues si los números de las semillas se hincharan como las mismas semillas, de medio grano de higo nacería un árbol medio, ni de las semillas de los animales, aunque no enteras, se generarían animales completos e íntegros, ni una semilla tan pequeña y única tendría la fuerza innumerable de su propio género. Pues de uno, según su naturaleza, pueden propagarse, ya sea cosechas de cosechas, o bosques de bosques, o rebaños de rebaños, o pueblos de pueblos a través de los siglos, de modo que no haya hoja, ni cabello en tan numerosa sucesión, cuya razón no estuviera en aquella primera y única semilla. Luego, se debe considerar cuán numerosas, cuán suaves bellezas de sonidos transmite el aire golpeado por el canto del ruiseñor, que el alma de esa avecilla no fabricaría tan libremente, cuando le place, si no las tuviera impresas en un movimiento vital de manera incorpórea. Esto también puede observarse en los demás animales, que, aunque carecen de razón, no carecen de sentido. Pues no hay ninguno de ellos que no lleve algo numeroso y moderado en su género, ya sea en el sonido de la voz, o en el movimiento y operación de los miembros, no por alguna ciencia, sino sin embargo modulados por los íntimos límites de la naturaleza, por aquella inmutable ley de los números.

CAPÍTULO XLIII.---En el hombre, la capacidad de juzgar la proporción de los cuerpos y los tiempos. Qué medida de orden en la verdad perpetua.

80. Volvamos a nosotros mismos, y dejemos lo que tenemos en común con los arbustos y las bestias. Pues de una sola manera el gorrión hace su nido, y cada género de aves de una manera propia. ¿Qué hay, pues, en nosotros, que juzgamos sobre todas esas cosas, qué figuras desean, y hasta qué punto las cumplen, y nosotros en edificios y otras obras corporales, como señores de todas esas figuras, inventamos innumerables cosas? ¿Qué hay en nosotros que entiende internamente que estas mismas masas visibles de cuerpos son grandes o pequeñas por proporción; y que todo cuerpo tiene mitad, por pequeño que sea; y si tiene mitad, innumerables partes: así que todo grano de mijo es tan grande para su parte como el mundo es para nosotros, y todo este mundo es hermoso por la razón de las figuras, no por su tamaño; pero parece grande, no por su cantidad, sino por nuestra brevedad, es decir, de los animales con los que está lleno; que nuevamente, aunque tienen infinitud de división, no son pequeños por sí mismos, sino en comparación con otros, y especialmente con el universo mismo? Ni en el espacio de los tiempos hay otra razón; porque así como toda longitud de lugar, también toda longitud de tiempo tiene su mitad: aunque sea brevísima, comienza, progresa y termina. Así que no puede sino tener mitad, mientras se divide donde avanza hacia el fin. Por lo tanto, el tiempo de una breve sílaba en comparación con una más larga es breve, y la hora invernal comparada con la hora estival es menor. Así, la duración de una hora en comparación con un día, y de un día con un mes, y de un mes con un año, y de un año con un lustro, y de un lustro con ciclos mayores, y estos en relación con todo el tiempo son breves; cuando esa misma sucesión numerosa, y cierta gradación, ya sea de espacios locales o temporales, no se juzga hermosa por su hinchazón o duración, sino por su conveniente ordenación.

81. Pero la medida misma del orden vive en la verdad perpetua, ni vasta por su tamaño, ni voluble por su duración; sino grande en potencia sobre todos los lugares, inmóvil en eternidad sobre todos los tiempos: sin la cual, sin embargo, ni la vastedad de ninguna masa puede ser reducida a uno, ni la producción de ningún tiempo puede ser contenida por el error, y algo puede ser o cuerpo para ser cuerpo, o movimiento para ser movimiento. Él mismo es uno principal, ni grueso por lo finito ni por lo infinito, ni mutable por lo finito ni por lo infinito. Pues no tiene una cosa aquí, otra allí; ni una cosa ahora, otra después: porque es sumamente uno, Padre de la Verdad, Padre de su Sabiduría, que en ninguna parte es disímil, se ha dicho que es su semejanza e imagen, porque es de él. Por lo tanto, también el Hijo se dice correctamente de él, las demás cosas por él. Pues precedió la forma de todas las cosas llenando sumamente uno de quien es, para que las demás cosas que son, en cuanto son semejantes a uno, fueran hechas por esa forma.

CAPÍTULO XLIV.---El Hijo, imagen de Dios, a quien algunas cosas fueron hechas.

82. De estas cosas, algunas son así por él, que también son para él, como toda criatura racional e intelectual, en la cual el hombre se dice con toda razón hecho a imagen y semejanza de Dios: pues de otro modo no podría contemplar con la mente la verdad inmutable. Otras, sin embargo, son hechas por él, pero no son para él. Y por eso el alma racional, si sirve a su Creador, por quien fue hecha, por quien fue hecha, y para quien fue hecha, todas las demás cosas le servirán: y la vida última, que tan cercana está a ella, y es su ayuda, por la cual gobierna el cuerpo; y el mismo cuerpo, naturaleza y esencia extrema, a la cual cediendo de cualquier manera a su arbitrio dominará, sin sentir molestia alguna de él; porque ya no buscará de él, ni por él la bienaventuranza, sino que la percibirá de Dios por sí misma. Reformado, pues, el cuerpo y santificado, sin detrimento de corrupción, y sin carga de dificultad lo administrará. Pues en la resurrección ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles en los cielos (Mat. XXII, 30). La comida es para el vientre, y el vientre para la comida: pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (I Cor. VI, 13); porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo (Rom. XIV, 17).

CAPÍTULO XLV.---La debilidad del placer nos empuja a lo sublime. Sobre el vicio de la soberbia, hasta el cap. 49: cómo por esto se nos advierte a abrazar la virtud.

83. Por lo tanto, incluso en este placer del cuerpo encontramos una advertencia para despreciarlo; no porque la naturaleza del cuerpo sea mala, sino porque se revuelca torpemente en el amor del bien extremo, al cual se le ha concedido adherirse y disfrutar de los primeros. Cuando el auriga es arrastrado, y paga las penas de su temeridad, acusa cualquier cosa que usaba: pero implora ayuda, mande el Señor de las cosas, se resista a los caballos, otros ya harán espectáculos de su caída, y si no se le ayuda, harán de su muerte, se le restituya al lugar, se le coloque sobre las ruedas, se le devuelvan los derechos de las riendas, gobierne con más cautela a los obedientes, y a las bestias domadas; entonces sentirá cuán bien está hecho el carro, y toda esa unión que su caída, y lo afligía a él, y había perdido el curso de la más decente moderación: porque también a este cuerpo la debilidad le ha traído la avidez del alma que mal usaba en el paraíso, usurpando el alimento prohibido contra la disciplina del médico, por la cual se contiene la salud sempiterna.

84. Si, pues, en esta misma debilidad visible de la carne, donde no puede haber vida bienaventurada, se encuentra una advertencia de la vida bienaventurada por la belleza que descende desde lo más alto hasta lo más bajo; cuánto más en el apetito de nobleza y excelencia, y en toda soberbia y vana pompa de este mundo. Pues ¿qué otra cosa busca el hombre en ella, sino ser el único, si es posible, a quien todo esté sujeto, por una perversa

imitación del omnipotente Dios? A quien si lo imitara sometido, viviendo según sus preceptos, tendría las demás cosas sometidas por él, y no llegaría a tal deformidad, que temiera a una pequeña bestia, quien quiere gobernar a los hombres. Por lo tanto, también la soberbia tiene un cierto apetito de unidad y omnipotencia; pero en el principado de las cosas temporales, que todas pasan como sombra.

85. Queremos ser invictos, y con razón; pues esto tiene la naturaleza de nuestra alma después de Dios, a cuya imagen fue hecha: pero sus preceptos debían ser guardados, guardados los cuales nadie nos vencería. Ahora bien, mientras la misma a cuyas palabras consentimos torpemente, es domada por el dolor de parir, y nosotros trabajamos en la tierra, y con gran deshonra somos vencidos por todas las cosas que pueden conmovernos y perturbarnos. Así que no queremos ser vencidos por los hombres, y no podemos vencer la ira. ¿Qué deshonra puede decirse más execrable que esta? Confesamos que el hombre es lo que nosotros somos, quien, aunque tenga vicios, no es sin embargo él mismo un vicio. ¿Cuánto más honestamente, pues, nos vence un hombre, que un vicio? ¿Quién duda, sin embargo, que la envidia es un vicio inmenso, por el cual es necesario que se atormente y se someta quien no quiere ser vencido en las cosas temporales? Es mejor, pues, que un hombre nos venza, que la envidia o cualquier otro vicio.

CAPÍTULO XLVI.---Invicto es quien ama solo lo que al amante no se le puede arrebatar, es decir, a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo.

86. Pero no puede ser vencido por el hombre quien ha vencido sus vicios. Pues no es vencido, sino a quien el adversario le arrebatara lo que ama. Quien, pues, ama solo lo que al amante no se le puede arrebatar, ese es indudablemente invicto, ni se atormenta con ninguna envidia. Pues ama a Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente; y ama al prójimo como a sí mismo. Por lo tanto, no le envidia, para que sea lo que él es; más bien, lo ayuda en cuanto puede. Ni puede perder al prójimo, a quien ama como a sí mismo; porque tampoco en sí mismo ama lo que está sujeto a los ojos, o a cualquier otro sentido del cuerpo. Por lo tanto, tiene en sí mismo a quien ama como a sí mismo.

87. Y esta es la regla del amor, que lo que quiere que le suceda a él, también lo quiera para el otro; y lo que no quiere que le suceda a él, tampoco lo quiera para el otro (Tob. IV, 16): guarda esta voluntad hacia todos los hombres. Pues no se debe hacer mal a nadie: y el amor al prójimo no hace mal (Rom. XIII, 10). Amemos, pues, como se nos ha mandado, incluso a nuestros enemigos (Mat. V, 44), si verdaderamente queremos ser invictos. Pues nadie es invicto por sí mismo; sino por aquella ley inmutable, a la que quienquiera que sirva, solo es libre. Pues así no se le puede arrebatar lo que ama: esta única cosa hace invictos y perfectos a los hombres. Pues si incluso el hombre ama al hombre, no como a sí mismo, sino como a un animal, o a los baños, o a un pájaro pintado o parlante, es decir, para obtener de él algún placer o beneficio temporal; es necesario que sirva, no al hombre, sino, lo que es más vergonzoso, a un vicio tan feo y detestable, por el cual no ama al hombre como debe ser amado. Por este vicio dominante, se lleva hasta la vida extrema, o más bien a la muerte.

88. Pero ni siquiera así debe el hombre ser amado como se aman los hermanos carnales, o los hijos, o los cónyuges, o cualquier pariente, o afín o ciudadano. Pues también este amor es temporal. No tendríamos tales relaciones, que ocurren al nacer y morir, si nuestra naturaleza permaneciera en los preceptos y en la imagen de Dios, no relegada a esta corrupción. Por lo tanto, llamándonos la misma Verdad a la naturaleza perfecta y original, nos manda resistir la costumbre carnal, enseñando que nadie es apto para el reino de Dios, que no odie estas relaciones carnales (Luc. IX, 60, 62, y XIV, 26). Ni esto debe parecer inhumano a nadie. Pues

es más inhumano no amar en el hombre lo que es hombre, sino amar lo que es hijo: esto es no amar en él lo que pertenece a Dios, sino amar lo que pertenece a uno mismo. ¿Qué, pues, es de extrañar si no llega al reino, quien no ama lo común, sino lo privado? Más bien ambos, dice alguien: Más bien uno, dice Dios. Pues la Verdad dice muy verdaderamente: Nadie puede servir a dos señores (Mat. VI, 24). Nadie puede amar perfectamente a lo que somos llamados, si no odia de lo que somos llamados. Pues somos llamados a la naturaleza humana perfecta, tal como Dios la hizo antes de nuestro pecado: somos llamados de su amor, que merecimos pecando. Por lo tanto, debemos odiar lo que deseamos ser liberados.

89. Odiemos, pues, las relaciones temporales, si ardemos con el amor de la eternidad. Ame el hombre al prójimo como a sí mismo. Ciertamente, nadie es para sí mismo padre, o hijo, o pariente, o algo de este tipo, sino solo hombre: quien, pues, ama a alguien como a sí mismo, debe amar en él lo que él mismo es. Los cuerpos no son lo que somos: por lo tanto, en el hombre no se debe buscar ni desear el cuerpo. Pues también vale para esto lo que se ha mandado: No codiciarás la cosa de tu prójimo (Éxodo 20, 17). Por lo tanto, quien ama en el prójimo algo distinto de lo que él mismo es, no lo ama como a sí mismo. Por lo tanto, la misma naturaleza humana debe ser amada sin condición carnal, ya sea que deba ser perfeccionada o perfecta. Todos son parientes bajo un solo Dios Padre, quienes lo aman y hacen su voluntad. Y entre sí son, y padres cuando se aconsejan, y hijos cuando obedecen, y hermanos sobre todo, porque un Padre los llama con su testamento a una sola herencia.

CAPÍTULO XLVII.---El verdadero amor al prójimo, quien lo ofrece es invicto.

90. Por lo tanto, ¿por qué no sería invencible aquel que ama al hombre, cuando en él no ama nada más que al hombre, es decir, a la criatura de Dios hecha a su imagen, y no puede faltarle la naturaleza perfecta que ama, ya que él mismo es perfecto? Pues así como, por ejemplo, si alguien ama a un buen cantante, no a este o aquel, sino a cualquier buen cantante, siendo él mismo un cantante perfecto; así desea que todos sean tales, de modo que no le falte lo que ama, porque él mismo canta bien. Porque si envidia a alguien que canta bien, ya no ama eso, sino la alabanza o algo más a lo que quiere llegar cantando bien; y puede disminuirle o quitársele si otro canta bien. Por lo tanto, quien envidia a un buen cantante, no ama al buen cantante: pero, por otro lado, quien lo necesita, no canta bien. Esto se puede decir con mucho más acierto de quien vive bien, porque no puede envidiar a nadie: ya que a donde llegan los que viven bien, es lo mismo para todos, y no se hace menos cuando más lo tienen. Y puede haber un momento en que un buen cantante no pueda cantar adecuadamente y necesite la voz de otro para que le proporcione lo que ama; como si se estuviera en un banquete donde sería inapropiado que él cantara, pero adecuado escuchar a otro cantar: sin embargo, siempre es adecuado vivir bien. Por lo tanto, quien ama y hace esto, no solo no envidia a los que lo imitan, sino que se ofrece a ellos con la mayor disposición y humanidad posible; sin embargo, no los necesita. Porque lo que ama en ellos, lo tiene todo y perfecto en sí mismo. Así, cuando ama al prójimo como a sí mismo, no lo envidia, porque tampoco se envidia a sí mismo; le ofrece lo que puede, porque también a sí mismo; no lo necesita, porque tampoco a sí mismo: solo necesita a Dios, a quien adhiriéndose es feliz. Nadie le arrebató a Dios. Por lo tanto, es verdaderamente y con certeza un hombre invencible quien se adhiere a Dios, no para merecer de Él algo bueno fuera de sí, sino para quien nada más que adherirse a Dios es bueno.

91. Este hombre, mientras está en esta vida, utiliza al amigo para devolver la gratitud, utiliza al enemigo para la paciencia, utiliza a quienes puede para la beneficencia, utiliza a todos para la benevolencia. Y aunque no ama las cosas temporales, las usa correctamente, y por su

destino aconseja a los hombres, si no puede hacerlo por igual a todos. Por lo tanto, si se dirige más rápidamente a uno de sus familiares que a cualquier otro, no lo ama más, sino que tiene mayor confianza en él y una puerta del tiempo más abierta. Trata a los dedicados al tiempo tanto mejor cuanto menos él mismo está obligado al tiempo. Así, cuando no puede beneficiar a todos a quienes ama por igual, a menos que prefiera beneficiar a los más cercanos, es injusto. La unión del alma es mayor que la de los lugares o tiempos en los que nacemos en este cuerpo; pero la mayor es la que prevalece sobre todas. Por lo tanto, este no se aflige por la muerte de nadie, porque quien ama a Dios con todo su corazón, sabe que no pierde lo que no se pierde para Dios. Dios, sin embargo, es el Señor de los vivos y de los muertos. No es miserable por la miseria de nadie, porque tampoco es justo por la justicia de nadie. Y así como nadie le quita la justicia y a Dios, así nadie le quita la felicidad. Y si alguna vez se conmueve por el peligro, error o dolor de alguien; hasta la ayuda, corrección o consuelo de aquel, no permite que llegue a su propia subversión.

92. En todos los trabajos diligentes, con la expectativa cierta del descanso futuro, no se quiebra. ¿Qué le dañará a quien puede usar bien incluso al enemigo? Pues no teme las enemistades bajo la protección y defensa de aquel cuyo precepto y don es amar a los enemigos. Para este hombre, en las tribulaciones no es suficiente no entristecerse, sino también alegrarse, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 3-5). ¿Quién le hará daño? ¿Quién lo someterá? El hombre que progresa en las cosas prósperas, aprende qué ha progresado en las adversas. Pues cuando tiene abundancia de bienes mutables, no confía en ellos; pero cuando se le quitan, reconoce si no lo han atrapado: porque a menudo, cuando los tenemos, pensamos que no los amamos; pero cuando comienzan a faltar, descubrimos quiénes somos. Pues lo que estaba presente sin nuestro amor, se va sin dolor. Por lo tanto, parece vencer cuando es vencido, quien superando llega a lo que perderá con dolor: y vence cuando parece ser vencido, quien cediendo llega a lo que no pierde contra su voluntad.

CAPÍTULO XLVIII.---Cuál es la justicia perfecta.

93. Quien, por lo tanto, se deleita en la libertad, debe desear ser libre del amor a las cosas mutables; y quien se deleita en reinar, debe estar sujeto al único gobernante de todos, Dios, amándolo más que a sí mismo. Y esta es la justicia perfecta, por la cual amamos más lo que es más importante, y menos lo que es menos importante. Que ame al alma sabia y perfecta tal como la ve; no así a la necia, sino porque puede ser perfecta y sabia: porque tampoco debe amarse a sí mismo siendo necio. Pues quien se ama siendo necio, no progresará hacia la sabiduría; ni se convertirá en quien desea ser, a menos que odie ser quien es. Pero hasta que se llegue a la sabiduría y perfección, debe soportar la necedad del prójimo como soportaría la suya propia, si fuera necio y amara la sabiduría. Por lo tanto, si incluso la soberbia es una sombra de la verdadera libertad y del verdadero reino, también a través de ella la divina providencia nos recuerda qué significamos siendo viciosos, y a dónde debemos regresar corregidos.

CAPÍTULO XLIX.---Sobre la curiosidad en adelante, para que este vicio nos advierta a contemplar la verdad.

94. Ahora bien, todos los espectáculos, y toda esa llamada curiosidad, ¿qué otra cosa busca sino la alegría del conocimiento de las cosas? ¿Qué, entonces, es más admirable, qué más hermoso que la misma verdad, a la que todo espectador confiesa desear llegar, cuando vigila intensamente para no ser engañado, y se jacta de haber percibido y juzgado algo más

agudamente que los demás? Incluso al prestidigitador, que no profesa otra cosa que el engaño, lo observan atentamente y con sumo cuidado; y si son engañados, porque no pueden hacer lo suyo, se deleitan con el conocimiento de aquel que los engaña. Pues si él tampoco supiera por qué causas son engañados los observadores, o se creyera que no lo sabe, nadie aplaudiría a un errante igual. Pero si alguien del público lo descubre, cree merecer más alabanza que él, no por otra cosa, sino porque no pudo ser engañado ni engañado. Pero si se revela a muchos, no se alaba a él; sino que se burlan de los demás que no pueden descubrir tales cosas. Así, toda palma se da al conocimiento, al arte, y a la comprensión de la verdad: a la que de ningún modo llegan quienes la buscan fuera.

95. Por lo tanto, hemos caído en tales tonterías y vilezas, que cuando se nos pregunta qué es mejor, la verdad o la falsedad, respondemos unánimemente que la verdad es mejor; sin embargo, en los juegos y diversiones, donde ciertamente no nos deleitan las cosas verdaderas, sino las ficticias, nos aferramos mucho más a ellas que a los preceptos de la misma verdad. Así, somos castigados por nuestro propio juicio y boca, aprobando con la razón una cosa, y siguiendo con la vanidad otra. Sin embargo, algo es lúdico y jocoso mientras sabemos en comparación con qué verdad se ríe. Pero al amar tales cosas, nos alejamos de la verdad, y ya no encontramos de qué cosas son imitaciones, a las que, como primeras y hermosas, aspiramos, y al alejarnos de ellas, abrazamos nuestras fantasías. Pues al regresar a investigar la verdad, estas nos salen al encuentro en el camino, y no nos dejan pasar, robando con grandes insidias, no con fuerzas, a quienes no entienden cuán ampliamente se extiende lo que se ha dicho: Cuidense de los ídolos (1 Juan V, 21).

96. Así, algunos han sido llevados por el pensamiento errante a través de innumerables mundos. Otros han creído que Dios no puede ser sino un cuerpo ígneo. Otros, imaginando un resplandor de luz inmensa extendido por espacios infinitos, pero por un lado como dividido por una cuña negra, han hablado de dos reinos opuestos, y al establecer tales principios para las cosas, han fabulado con sus fantasmas. A quienes, si los obligo a jurar si saben que estas cosas son verdaderas, tal vez no se atrevan, pero dirán a su vez: Entonces tú muestra qué es verdadero. A quienes, si no respondo nada, sino que busquen esa luz por la cual les aparece y es cierto que creer es una cosa y entender es otra; ellos también jurarían que esta luz no puede ser vista con los ojos, ni pensada con alguna vastedad de lugares, y que está siempre presente para quienes la buscan, y que nada es más cierto y sereno que ella.

97. Todas estas cosas, que ahora he dicho sobre esta luz de la mente, son manifiestas por ninguna otra luz que la misma. Pues por esta entiendo que son verdaderas las cosas dichas, y entiendo por esta que las entiendo. Y esto, una y otra vez, cuando alguien entiende que entiende algo, y entiende eso mismo una y otra vez, entiendo que se extiende infinitamente, y entiendo que aquí no hay espacios de ninguna hinchazón o volubilidad: también entiendo que no puedo entender a menos que viva, y entiendo con más certeza que me vuelvo más vivaz al entender. Pues la vida eterna supera a la vida temporal en vivacidad misma: ni puedo contemplar qué es la eternidad sino entendiendo. Pues con la visión de la mente separo toda mutabilidad de la eternidad, y en la misma eternidad no veo espacios de tiempo; porque los espacios de tiempo consisten en los movimientos pasados y futuros de las cosas. Pero nada pasa en lo eterno, y nada será; porque lo que pasa deja de ser, y lo que será aún no ha comenzado a ser: pero la eternidad solo es; ni fue, como si ya no fuera; ni será, como si aún no fuera. Por lo tanto, solo ella pudo decir verdaderamente a la mente humana, Yo soy el que soy; y de ella se pudo decir verdaderamente, Me ha enviado el que es (Éxodo III, 14).

CAPÍTULO L.---La razón de las Escrituras y sus interpretaciones. Alegoría cuádruple.

98. Si aún no podemos adherirnos a ella, al menos reprochemos nuestras fantasías, y expulsemos de la visión de la mente tales juegos engañosos y vanos. Usemos los escalones que la divina providencia ha dignado construir para nosotros. Pues cuando, deleitados en exceso con ficciones lúdicas, nos desvanecíamos en nuestros pensamientos, y convertíamos toda la vida en ciertos sueños vanos; la criatura racional, sirviendo a sus leyes, a través de sonidos y letras, fuego, humo, nube, columna, como ciertas palabras visibles, con nuestra infancia no ha desdeñado jugar de alguna manera con parábolas y similitudes, y curar nuestros ojos interiores con este tipo de lodo la inefable misericordia de Dios.

99. Distingamos, por lo tanto, qué fe debemos a la historia, qué fe debemos a la inteligencia, qué debemos encomendar a la memoria, no sabiendo que es verdad, pero creyéndolo sin embargo. Y dónde está la verdad, que no viene y pasa, sino que siempre permanece de la misma manera. Cuál es el modo de interpretar la alegoría, que se cree dicha en el Espíritu Santo por sabiduría: si basta llevarla de lo visible más antiguo a lo visible más reciente; o hasta las afecciones y naturaleza del alma, o hasta la eternidad inmutable: o si algunas significan hechos visibles, otras movimientos del alma, otras la ley de la eternidad; o si se encuentran algunas en las que todo esto debe ser investigado. Y cuál es la fe estable, ya sea histórica y temporal, o espiritual y eterna, a la que debe dirigirse toda interpretación de la autoridad. Y qué aprovecha para entender y obtener lo eterno, donde está el fin de todas las buenas acciones, la fe de las cosas temporales. Y qué diferencia hay entre la alegoría de la historia, y la alegoría del hecho, y la alegoría del discurso, y la alegoría del sacramento. Y cómo debe tomarse la misma locución de las Escrituras divinas según la propiedad de cada lengua. Pues cada lengua tiene ciertos géneros propios de locuciones, que cuando se trasladan a otra lengua, parecen absurdos. Qué aprovecha tanta humildad en el hablar, que no solo se encuentran en los Libros sagrados los nombres de la ira de Dios, y la tristeza, y el despertar del sueño, y la memoria, y el olvido, y otras cosas que pueden caer en los buenos hombres, sino también los nombres de penitencia, celo, embriaguez, y otras cosas semejantes. Y si los ojos de Dios, y las manos, y los pies, y otros miembros de este tipo, que se nombran en las Escrituras, deben referirse a la forma visible del cuerpo humano; o a las significaciones de las potencias inteligibles y espirituales, como el casco, y el escudo, y la espada, y el cinturón, y otras cosas semejantes. Y lo que más debe buscarse, qué aprovecha al género humano, que la divina providencia nos ha hablado así a través de la criatura racional, y genital, y corporal que le sirve. Conociendo esto solo, toda la petulancia infantil se excluye de las mentes, y se introduce la religión sacrosanta.

CAPÍTULO LI.---La investigación de las Escrituras como remedio para la curiosidad.

100. Dejando, por lo tanto, y repudiando las tonterías teatrales y poéticas, alimentemos y saciemos el alma con la consideración y el trato de las Escrituras divinas, fatigada y agitada por el hambre y la sed de curiosidad vana, y deseando en vano ser alimentada y satisfecha con fantasmas vacíos, como con banquetes pintados: seamos saludablemente instruidos con este verdadero y noble juego. Si nos deleitan los milagros de los espectáculos, y la belleza, deseemos ver esa Sabiduría, que se extiende con fuerza de un extremo al otro, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VIII, 1). Pues ¿qué es más admirable que un mundo corporal hecho y administrado por una fuerza incorpórea? ¿O qué más hermoso que ordenado y adornado?

CAPÍTULO LII.---Tanto la curiosidad como otros vicios son ocasión para la virtud.

101. Pero si todos admiten que estas cosas se perciben a través del cuerpo, y que el alma es mejor que el cuerpo, ¿no verá el alma misma nada por sí misma, o lo que verá no podrá ser

sino mucho más excelente y superior? Más bien, recordados por aquellas cosas que juzgamos, al contemplar qué es según lo que juzgamos, y convertidos de las obras de las artes a la ley de las artes, contemplaremos con la mente esa forma, en comparación con la cual son feas las cosas que son hermosas por su benignidad. Pues las cosas invisibles de Dios, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas hechas, y su eterno poder y divinidad (Rom. I, 20). Este es el regreso de las cosas temporales a las eternas, y la reforma del viejo hombre en el nuevo hombre. Pero ¿qué es lo que no puede recordar al hombre para tomar las virtudes, cuando puede hacerlo incluso de los vicios? Pues ¿qué busca la curiosidad sino el conocimiento, que no puede ser cierto sino de las cosas eternas y que siempre se mantienen de la misma manera? ¿Qué busca la soberbia sino el poder, que se refiere a la facilidad de acción, que el alma perfecta no encuentra sino estando sujeta a Dios, y convertida con el máximo amor a su reino? ¿Qué busca el placer del cuerpo sino el descanso, que no existe sino donde no hay necesidad ni corrupción? Por lo tanto, deben evitarse los infiernos inferiores, es decir, los castigos más graves después de esta vida, donde no puede haber recuerdo de la verdad, porque no hay razonamiento: por eso no hay razonamiento, porque no la ilumina la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Por lo tanto, apresurémonos, y caminemos mientras el día está presente, para que no nos alcancen las tinieblas (Id. XII, 35). Apresurémonos a ser liberados de la segunda muerte (Apoc. XX, 6, 14, y XXI, 8), donde no hay nadie que recuerde a Dios, y del infierno, donde nadie confesará a Dios (Sal. VI, 6).

CAPÍTULO LIII.---Los objetivos de los necios y los sabios son diferentes.

102. Pero los hombres miserables, a quienes lo conocido se les hace despreciable, y se alegran con las novedades, aprenden más fácilmente que saben, cuando el conocimiento es el fin del aprendizaje. Y a quienes la facilidad de acción les parece despreciable, prefieren luchar que vencer, cuando la victoria es el fin de la lucha. Y a quienes la salud del cuerpo les parece despreciable, prefieren comer que estar saciados, y prefieren disfrutar de los miembros genitales que no experimentar tal conmoción; se encuentran incluso quienes prefieren dormir que no dormir: cuando el fin de todo aquel placer es no tener hambre ni sed, y no desear el coito, y no estar fatigado en el cuerpo.

103. Por lo tanto, quienes desean esos fines, primero carecen de curiosidad, reconociendo que es cierto conocimiento el que está dentro, y disfrutan de él tanto como pueden en esta vida. Luego, adquieren facilidad de acción al dejar la obstinación, sabiendo que la victoria es mayor y más fácil al no resistir la animosidad de nadie; y esto, tanto como pueden en esta vida, lo sienten: finalmente, también el descanso del cuerpo, absteniéndose de aquellas cosas sin las cuales esta vida puede llevarse a cabo; así prueban cuán dulce es el Señor. Y no habrá duda de qué será después de esta vida; y se nutren con la fe, esperanza y caridad de su perfección. Pero después de esta vida, también se perfeccionará el conocimiento; porque ahora sabemos en parte, pero cuando venga lo perfecto, no será en parte (1 Cor. XIII, 9, 10): y toda paz estará presente; pues ahora otra ley en mis miembros lucha contra la ley de mi mente, pero nos liberará del cuerpo de esta muerte la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23-25); porque en gran parte concordamos con el adversario, mientras estamos con él en el camino: y toda salud, y ninguna necesidad, y ninguna fatiga estará presente en el cuerpo; porque este corruptible, en su tiempo y orden en que será la resurrección de la carne, se vestirá de incorrupción (1 Cor. XV, 53). No es de extrañar, sin embargo, si esto se dará a quienes en el conocimiento aman solo la verdad, y en la acción solo la paz, y en el cuerpo solo la salud. Pues esto se perfeccionará en ellos después de esta vida, lo que en esta vida más aman.

CAPÍTULO LIV.---Qué relación tienen los castigos de los condenados con sus vicios.

104. Por tanto, aquellos que usan mal el gran bien de la mente, deseando más las cosas visibles fuera de ella, que deberían recordar para contemplar y amar las inteligibles, se les darán las tinieblas exteriores. El inicio de estas es la prudencia de la carne y la debilidad de los sentidos corporales. Y quienes se deleitan en las contiendas, serán alejados de la paz y se verán envueltos en grandes dificultades. El inicio de la máxima dificultad es la guerra y la contienda. Y creo que esto significa que se le atan las manos y los pies, es decir, se le quita toda facilidad para actuar. Y quienes desean tener sed y hambre, y arder en lujuria y fatigarse para comer, beber, yacerse y dormir con gusto, aman la indigencia, que es el inicio de los mayores dolores. Por tanto, se cumplirá en ellos lo que aman, para que estén donde haya llanto y crujir de dientes (Mat. XXII, 13).

105. Pues son muchos los que aman todos estos vicios a la vez, y cuya vida consiste en mirar, contender, comer, beber, yacer, dormir, y en sus pensamientos no abrazan más que fantasmas que recogen de tal vida; y de su engaño establecen reglas de superstición o impiedad, por las cuales son engañados y a las que se aferran, incluso si intentan abstenerse de los placeres de la carne. Porque no usan bien el talento que se les ha confiado, es decir, la agudeza de la mente, en la que parecen sobresalir todos los que son llamados doctos, urbanos o ingeniosos. Pero la tienen atada en un pañuelo o enterrada en la tierra, es decir, envuelta y oprimida por cosas delicadas y superfluas, o por deseos terrenales. Por tanto, se les atarán las manos y los pies, y serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. No porque amaron eso; (¿quién amaría tal cosa?) sino porque lo que amaron son los inicios de aquello, y necesariamente conducen a sus amantes a ello. Pues quienes aman más ir que regresar o llegar, deben ser enviados a lugares más lejanos; porque son carne, y un espíritu que camina y no regresa.

106. Pero quien usa bien incluso los cinco sentidos del cuerpo para creer y predicar las obras de Dios, y nutrir su amor, ya sea en acción o en conocimiento para pacificar su naturaleza y conocer a Dios, entra en el gozo de su Señor. Por eso, el talento que se le quita al que lo usa mal, se le da al que ha usado bien los cinco talentos (Mat. XXV, 14-30, y Luc. XIX, 15-26): no porque la agudeza de la inteligencia pueda transferirse, sino que así se ha significado que los negligentes e impíos ingeniosos pueden perderlo, y los diligentes y piadosos, aunque menos ingeniosos, pueden alcanzarlo. Pues no se le dio ese talento al que había recibido dos; porque también lo tiene quien ya vive bien en acción y conocimiento: sino al que había recibido cinco. Pues aún no tiene la agudeza mental adecuada para contemplar lo eterno, quien solo cree en lo visible, es decir, en lo temporal: pero puede tenerla, quien alaba a Dios como artífice de todas estas cosas sensibles, y lo persuade con fe, lo espera con esperanza, y lo busca con amor.

CAPÍTULO LV.---Epílogo exhortando a la verdadera religión, y disuadiendo de la falsa. Cómo era la religión de los maniqueos. Opiniones falsas sobre los dioses. La verdadera religión.

107. Siendo así las cosas, os exhorto, hombres queridísimos y mis prójimos, y me exhorto a mí mismo con vosotros, a que corramos con toda la celeridad que podamos hacia aquello a lo que Dios nos exhorta con su sabiduría. No amemos el mundo, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo (I Juan II, 15, 16). No amemos corrompernos y ser corrompidos por el placer de la carne, para no llegar a una corrupción más miserable de dolores y tormentos. No amemos las contiendas,

para no ser entregados al poder de los ángeles que se alegran con tales cosas, para ser humillados, vencidos, golpeados. No amemos los espectáculos visibles, para no ser arrojados a las tinieblas al desviarnos de la verdad misma y amar las sombras.

108. No tengamos nuestra religión en nuestros fantasmas. Pues es mejor cualquier verdad, por pequeña que sea, que cualquier cosa que pueda ser fingida a capricho; y sin embargo, no debemos adorar ni siquiera al alma misma, aunque sea verdadera cuando imagina falsedades. Mejor es la verdadera paja que la luz formada por el pensamiento vano según la voluntad del que sospecha; y sin embargo, es demente creer que la paja, que sentimos y tocamos, debe ser adorada. No tengamos nuestra religión en el culto de las obras humanas. Pues son mejores los mismos artesanos que fabrican tales cosas, a quienes sin embargo no debemos adorar. No tengamos nuestra religión en el culto de las bestias. Pues son mejores los hombres más bajos, a quienes sin embargo no debemos adorar. No tengamos nuestra religión en el culto de los hombres muertos: porque si vivieron piadosamente, no se consideran de tal manera que busquen tales honores; sino que quieren que adoremos a aquel que, iluminándolos, se alegran de que seamos sus consortes en el mérito. Por tanto, deben ser honrados por imitación, no adorados por religión. Si vivieron mal, dondequiera que estén, no deben ser adorados. No tengamos nuestra religión en el culto de los demonios; porque toda superstición, siendo un gran castigo para los hombres y una torpeza peligrósísima, es honor y triunfo para ellos.

109. No tengamos nuestra religión en el culto de las tierras y las aguas; porque el aire, aunque nebuloso, es más puro y luminoso que ellas, y sin embargo no debemos adorarlo. No tengamos nuestra religión en el culto del aire más puro y sereno: porque cuando falta la luz, se oscurece; y más puro que él es el resplandor del fuego, incluso de este, que sin embargo, como lo encendemos y apagamos a voluntad, no debemos adorarlo. No tengamos nuestra religión en el culto de los cuerpos etéreos y celestiales, que aunque con razón se anteponen a todos los demás cuerpos, mejor que ellos es cualquier vida. Por tanto, si están animados, cualquier alma por sí misma es mejor que cualquier cuerpo animado; y sin embargo, nadie consideraría que un alma viciosa debe ser adorada. No tengamos nuestra religión en el culto de esa vida que se dice que tienen los árboles: porque en ella no hay sentido; y de ese género es la vida que también rige la numeración de nuestro cuerpo, por la cual también viven los cabellos y los huesos, que se cortan sin sentido: pero mejor que esta es la vida que siente; y sin embargo, no debemos adorar la vida de las bestias.

110. No tengamos nuestra religión en la misma alma racional perfecta y sabia, ya sea establecida en el ministerio del universo, o en el ministerio de las partes, o que en los hombres más elevados espera la transformación y reforma de su porción; porque toda vida racional, si es perfecta, obedece a la verdad inmutable que le habla internamente sin ruido, y si no obedece, se vuelve viciosa. Por tanto, no sobresale por sí misma, sino por aquella a la que obedece gustosamente. Lo que adora el ángel supremo, eso debe ser adorado también por el hombre más bajo, porque la misma naturaleza humana se ha hecho última por no adorar eso. Pues el ángel sabio no adora una cosa y el hombre otra; el ángel veraz no adora una cosa y el hombre otra; sino que ambos adoran la misma sabiduría y verdad inmutable. Pues se dispuso en la economía temporal para nuestra salvación, que la misma Virtud de Dios, y la Sabiduría de Dios inmutable, consustancial al Padre y coeterna, se dignara asumir la naturaleza humana, para enseñarnos que el hombre debe adorar lo que toda criatura intelectual y racional debe adorar. Creemos que incluso los mejores ángeles y los ministerios más excelentes de Dios quieren que adoremos al mismo Dios que ellos, en cuya contemplación son bienaventurados. Pues no somos bienaventurados viendo al ángel; sino viendo la verdad, por la cual también amamos a los ángeles y nos alegramos con ellos. No envidiamos que disfruten de ella más fácilmente, o sin molestias que los interrumpan: sino

que los amamos más, porque también nosotros hemos sido ordenados a esperar algo similar del Señor común. Por tanto, los honramos con amor, no con servidumbre. No les construimos templos: pues no quieren ser honrados así por nosotros; porque saben que nosotros mismos, cuando somos buenos, somos templos del Dios supremo. Por tanto, está bien escrito que el hombre fue prohibido por el ángel de adorarlo, sino que debía adorar al único Señor bajo el cual él también era consiervo (Apoc. XXII, 9).

111. Pero aquellos que nos invitan a servirles y adorarlos como dioses, son semejantes a los hombres soberbios, quienes, si pudieran, querrían ser adorados de la misma manera: pero es menos soportable sufrir a estos hombres, y más peligroso adorar a aquellos. Pues todo dominio humano sobre los hombres termina con la muerte de los dominantes o de los dominados: pero la servidumbre bajo la soberbia de los ángeles malos es más temida por el tiempo mismo que es después de la muerte. También es fácil para cualquiera reconocer que bajo el dominio de un hombre se nos permite tener pensamientos libres: pero tememos a esos señores en nuestras mentes, que es el único ojo para ver y percibir la verdad. Por tanto, si estamos sujetos a todas las potestades que se dan a los hombres para gobernar la república, devolviendo al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mat. XXII, 21), no hay que temer que alguien lo exija después de nuestra muerte. Y una cosa es la servidumbre del alma, otra la servidumbre del cuerpo. Pero los hombres justos, que tienen todas sus alegrías en un solo Dios, cuando por sus obras se bendice a Dios, se alegran con los que alaban: pero cuando ellos mismos son alabados como si fueran ellos, corrigen a los errantes que pueden; a los que no pueden, no les felicitan, y quieren ser corregidos de ese vicio. Si los buenos ángeles y todos los santos ministerios de Dios son semejantes a ellos, o incluso más puros y santos; ¿qué tememos que ofendamos a alguno de ellos si no somos supersticiosos, cuando con su ayuda nos dirigimos hacia un solo Dios, y unimos nuestras almas a él, de donde se cree que la religión toma su nombre, y carecemos de toda superstición?

112. He aquí que adoro a un solo Dios, un único Principio de todo, y la Sabiduría por la cual es sabia cualquier alma sabia, y el mismo Don por el cual son bienaventurados todos los que son bienaventurados. Cualquier ángel que ame a este Dios, estoy seguro de que también me ama a mí. Cualquier ángel que permanezca en él, y pueda percibir las oraciones humanas, me escucha en él. Cualquier ángel que tenga su bien en él, me ayuda en él, y no puede envidiarme su participación. Que me digan, pues, los adoradores o aduladores de las partes del mundo, a quién no se concilia mejor quien adora a este único, que todo lo bueno ama, y en cuyo conocimiento se regocija, y al que recurriendo como principio se hace bueno. Pero cualquier ángel que ame sus excesos, y no quiera estar sujeto a la verdad, y deseando alegrarse en su propio privado, ha caído del bien común de todos y de la verdadera bienaventuranza, a quien todos los malos son dados para ser subyugados y oprimidos, pero ningún bueno, salvo para ser ejercitado; sin duda alguna, no debe ser adorado; cuya alegría es nuestra miseria y cuya pérdida es nuestro regreso.

113. Por tanto, la religión nos religa a un solo Dios omnipotente; porque entre nuestra mente, con la que entendemos al Padre, y la verdad, es decir, la luz interior por la cual lo entendemos, no hay criatura interpuesta. Por tanto, veneramos también la misma Verdad, que no es en absoluto diferente en él, y con él, que es la forma de todas las cosas que han sido hechas por uno, y que tienden hacia uno. De donde se muestra a las almas espirituales, que todas las cosas han sido hechas por esta forma, que sola llena lo que todas las cosas desean. Sin embargo, todas estas cosas no habrían sido hechas por el Padre a través del Hijo, ni estarían a salvo en sus límites, si Dios no fuera sumamente bueno: quien no envidió a ninguna naturaleza que pudiera ser buena por él; y dio a unas cuanto quisieran, a otras cuanto pudieran, para que permanecieran en el bien mismo. Por tanto, nos conviene adorar y

mantener el mismo Don de Dios con el Padre y el Hijo igualmente inmutable: la Trinidad de una sola sustancia, un solo Dios de quien somos, por quien somos, en quien somos: de quien nos apartamos, a quien nos hicimos disímiles, por quien no se nos permitió perecer: el principio al que regresamos, y la forma que seguimos, y la gracia por la cual somos reconciliados: un solo Dios por quien fuimos creados, y la semejanza de él por la cual somos formados hacia la unidad, y la paz por la cual nos adherimos a la unidad: Dios que dijo, Sea hecho (Gen. I); y el Verbo por el cual fue hecho todo lo que fue hecho sustancial y naturalmente; y el Don de su benignidad, por el cual fue complacido y reconciliado a su autor, para que no pereciera nada de lo que fue hecho por él a través del Verbo: un solo Dios por quien vivimos, por quien reformados vivimos sabiamente, a quien amando y disfrutando vivimos bienaventuradamente: un solo Dios de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas, a él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Rom. XI, 36).